

INDICE

IGLESIA. BIZKAIA. ELEIZEA

Documentos. Agiriak

OBISPOS

- “Mensajes de San Francisco Javier a nuestras Iglesias ante la nueva evangelización” (D. Ricardo Blázquez, obispo de Bilbao)
- “Compromiso por la justicia y servicio de la caridad según la Encíclica *Deus caritas est*”, Intervención del Obispo de Bilbao en el Foro de Nueva Economía (Madrid, 17 de mayo de 2006)
- “Lecciones de un líder” (D. Ricardo Blázquez, obispo de Bilbao)
- “Beatificación en nuestra catedral” (D. Ricardo Blázquez, obispo de Bilbao)

Información. Albisteak

SECRETARÍA GENERAL

- Fallecimiento

SERVICIO VICARIAL DEL CLERO

- Celebración de los aniversarios de la ordenación sacerdotal

CRÓNICA DIOCESANA

- Kerman López y Félix Larrondo, nuevos vicarios territoriales
- Dedicación del templo de la parroquia de San José Obrero de Elorrieta
- Reinaugurada la Iglesia de Santecilla
- Entregadas las 24.000 firmas recogidas en la campaña “Pobreza cero. Hoy es posible”
- Religiosos y religiosas promueven un grupo de escucha, en Bilbao

- Tercer encuentro del diaconado en el País Vasco y Navarra
- XXVIII Encuentro de Obispos y Superiores de Euskalerría

ELIZBARRUTIKO BARRIAK

- Kerman López eta Félix Larrondo, lurraldeetako bikario barriak
- Elorrietako San Jose Langilea parrokiaren tenpluaren sagarapena
- Santecillako elizea barrero zabalik
- “Pobreziaren hondamena. Gaurko ekimena” kanpainan batutako 24.000 sinadurak entregatu dira
- Lekaide eta lekaimeek entzute taldea sustatu dabe Bilbon
- Euskal Herriko eta Nafarroako diakonotzaren hirugarren topaketea
- Euskalerriko Gotzainen eta Probintziburuen XXVIII. Topaketea

IGLESIA. ESPAÑA. ELEIZEA

Documentos. Agiriak

- “El valor de comunicar la verdad”. Mensaje de los Obispos de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social (28 de mayo de 2006)
- “Enviados para evangelizar”. Mensaje de los Obispos de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar para el Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar (Solemnidad de Pentecostés, 4 de junio de 2006)

IGLESIA. ROMA. ELEIZEA

Documentos. Agiriak

- Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI para la XL Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones (IV Domingo de Pascua, 7 de mayo)
- Benedicto XVI: “Los desafíos de la familia”. Discurso a la asamblea plenaria del Consejo Pontificio para la Familia (14 de mayo de 2006)

- Benedicto XVI: “Claves para la migración desde y hacia los países de mayoría islámica”. Discurso al Consejo Pontificio de la Pastoral para los Emigrantes y los Itinerantes (15 de mayo de 2006)
- “La caridad, alma de la misión”. Mensaje de Benedicto XVI para la Jornada Misionera Mundial, que este año se celebrará el 22 de octubre
- Homilía de Benedicto XVI en la Misa de Pentecostés (4 de junio de 2006)

IGLESIA. BIZKAIA. ELEIZEA

Documentos. Agiriak

Mensajes de San Francisco Javier a nuestras Iglesias ante la nueva evangelización

Francisco de Javier no fue un aventurero ni un explorador ni un colonizador, ni un investigador antropológico de tierras, pueblos y culturas remotas. Procuró entender a los que deseaba evangelizar y darse a entender; utilizó los medios a su alcance para llegar hasta los confines del mundo y hacer partícipes de la gracia de la redención al mayor número posible de hombres y mujeres. Fue un misionero de Jesucristo enviado por la Iglesia, comisionado con el Evangelio de la salvación para transmitirlo con la predicación y la catequesis, con la celebración de los sacramentos y con el cuidado de los enfermos y los pobres. Francisco fue misionero “ad gentes”, diríamos hoy con la encíclica *Redemptoris missio* (RM). Apoyados en la profundización teológica del Concilio Vaticano II y con la experiencia de nuestras sociedades que se han convertido en “países de misión”, hemos subrayado en los últimos decenios la índole misionera de la Iglesia y la tarea apostólica como propia de todo cristiano. Nuestro compromiso en lo que se llama “nueva evangelización”, que en absoluto debe obscurecer la misión “ad gentes”, puede ser estimulado decididamente por la figura señera de san Francisco de Javier.

En 1748, quien había sido canonizado el año 1622 junto con Ignacio de Loyola y Teresa de Ávila, fue nombrado patrono de todas las tierras al este del cabo de Buena Esperanza; en 1904, patrono de la obra de la Propagación de la Fe; y en 1927, patrono de todas las misiones con santa Teresa del Niño Jesús. Su misma existencia ha sido un reclamo de innumerables vocaciones misioneras. “Desde el siglo XVI es el ideal del misionero”¹.

La misión de la Iglesia, por las circunstancias en que discurre, puede encontrarse en tres situaciones: misión *ad gentes*, es decir, a pueblos que no conocen a Cristo y donde faltan comunidades cristianas maduras; Iglesias con estructuras eclesiales sólidas y oportuno *cuidado pastoral*; y una situación intermedia de cristiandades que se han alejado o se están alejando de la fe y donde es necesaria la llamada *nueva evangelización*. Ésta es sin duda nuestra situación².

Voy a recordar algunos aspectos de san Francisco, a saber, el puesto de Jesucristo en su vida y misión, la confianza en Dios en medio de los peligros, el celo apostólico por la salvación de los hombres y la estima honda de la grandeza de la redención. Estos

¹ G. Schurhammer, *San François de Xavier*, en: Dictionnaire de Spiritualité (Paris 1963) 5, col. 1105. A este artículo nos remitimos en varias ocasiones. “Abrió nuevos y grandes caminos a la evangelización, llegando a ser un modelo y un inspirador de los misioneros de la época moderna” (G. Wicki, *Francesco Saverio*, en: Biblioteca Sanctorum V, col. 1230).

² Cf. RM, 33.

mensajes, vigorosamente vividos por Francisco, nos interpelan a los misioneros de hoy, en la situación concreta en que nos toca evangelizar³.

1. Amor y servicio de Jesucristo

La espiritualidad de Francisco de Javier es profundamente ignaciana. “Se podría en gran parte reconstruir el texto (de los Ejercicios Espirituales) hojeando sus escritos”⁴. Francisco aprendió a través de san Ignacio el conocimiento íntimo de Jesucristo, su amor ardiente y el servicio sin reservas del mismo Jesús. Por Él se explican sus viajes misioneros, sus esfuerzos por conectar con la lengua y el modo de ser de las personas a las que deseaba transmitir el Evangelio, y su vida entregada enteramente. Quitada a Cristo del corazón de Francisco y su vida queda sin cimiento, sin fuerza, sin sentido.

En la vitalidad cristiana y apostólica de nuestras diócesis fueron muy importantes los Ejercicios Espirituales, impartidos también por sacerdotes diocesanos en sus parroquias. Si no hay una cierta distancia y con alguna duración del ajetreo diario y de las interferencias de los medios de comunicación, prende muy difícilmente la Palabra de Dios en el corazón de las personas. Todo se evapora y diluye al instante; la semilla es sofocada por las prisas y ruidos. La conversión y los Ejercicios Espirituales bajo la dirección de Ignacio fueron decisivos para que Francisco cambiara de orientación en su vida y en sus aspiraciones. Sin encuentro con Jesucristo no hay apóstol ni testigo auténtico del Señor. Sin experiencia de Dios, constantemente alimentada por la oración y el servicio cristiano, no nacen ni fraguan ni maduran los evangelizadores. La “desespiritualización” de que, a veces no desgraciadamente sin fundamento, se habla, es signo y también causa de una “secularización interna” de los apóstoles y probablemente de gran parte de la esterilidad misionera.

He aquí unas palabras de Francisco sobre la presencia de Jesús en su vida: “De estas partes no sé más qué escribiros, sino que son tantas las consolaciones que nuestro Señor comunica a los que andan entre estos gentiles, convirtiéndolos a la fe de Cristo, que, si contentamiento hay en esta vida, éste se puede decir. Muchas veces me acaee oír decir a una personas que anda entre estos cristianos: ¡Oh Señor!, no me deis muchas consolaciones en esta vida; o ya que las dais por vuestra bondad infinita y misericordia, llevadme a vuestra gloria, pues es tanta pena vivir sin veros, después que tanto os comunicáis interiormente a las criaturas”⁵.

Con una decisión en que ponía su vida en juego, depositando su confianza en el Señor, se embarcó a las islas del Moro, como más adelante indicaremos. En la cruz de Cristo nuestro Señor halló su consuelo y descanso en los trabajos. He aquí lo que escribió después de una temporada larga transcurrida en esas islas. “Todos estos peligros y

³ Francisco de Javier encontró en el padre G. Schurhammer un biógrafo enamorado, exhaustivo e incansable; una obra monumental de cuatro gruesos volúmenes nos ofreció el paciente jesuita de Austria, que han sido traducidos en castellano y editados en Pamplona 1992. El padre F. Zubillaga editó *Cartas y escritos de San Francisco Javier*, Madrid 1953 cit. por la 4ª ed. de 1996. Esta edición es traducción de la preparada por G. Schurhammer y J. Wicki, 2 vols. Roma 1944-1945. Sus cartas son realmente apasionantes. Tuve la oportunidad de tratar en Munich con el padre F. Zurbano, mientras traducía al castellano los interminables volúmenes del padre G. Schurhammer sobre la vida y el tiempo de S. Francisco.

⁴ Col. 1101.

⁵ P. Zubillaga, oc. p. 116.

trabajos, voluntariosamente tomados por sólo amor y servicio de Dios nuestro Señor, son tesoros abundosos de grandes consolaciones espirituales, en tanta manera, que son islas muy dispuestas y aparejadas para un hombre en pocos años perder la vista de los ojos corporales con abundancia de lágrimas consolativas. Nunca me acuerdo haber tenido tantas y tan continuas consolaciones espirituales, como en estas islas, con tan poco sentimiento de trabajos corporales; andar continuamente en islas cercadas de enemigos, y pobladas de amigos no fijos y en tierras que todos remedios para enfermedades carecen, y cuasi de todas ayudas de causas segundas para conservación de la vida. Mejor es llamarlas islas de esperar en Dios, que no islas del Moro⁶.

Recuerda en la experiencia de la cruz y del gozo, ambos unidos íntimamente, muy de cerca a Pablo y otros apóstoles. “Así como abundan en nosotros los sufrimientos de Cristo, igualmente abunda también por Cristo nuestra consolación” (2 Co 1,5; cf. 7,4; 2 Co 4,10-12; 12,9-10). “Estad alegres cuando compartís los padecimientos de Cristo, para que cuando se manifieste su gloria, reboéis de gozo” (1 P 4,13). Podemos decir que en el apóstol se celebra el misterio pascual de Jesús: Muriendo por Cristo y en Cristo recibe de Él la vida (cf. Flm 3,10; Rm 14,8; Mt 5,3-5). De la fidelidad a Jesucristo sin condiciones mana una felicidad desbordante; aunque parezca paradójico, las persecuciones por el Evangelio son manantial de felicidad.

La comunión en Cristo fue un lazo fortísimo entre Francisco y sus compañeros para la vida y los trabajos apostólicos. Iñigo de Loyola fue para Francisco “padre mío in Christi visceribus unico”. Tuvo un amor también entrañable a la Compañía de Jesús como familia espiritual. Así se manifestó en una ocasión: “Es también mi parecer que compañía de Jesús quiere decir compañía de amor y conformidad de ánimos⁷”. Los sumarios o resúmenes de la comunidad cristiana primitiva (cf. Act 2,42-47; 4,32-35; 5,12-16), que han sido en su realidad llamativa, en su gozo por la salvación recibida y en su esperanza por la plenitud prometida referente para las verdaderas reformas en la historia de la Iglesia, iluminan también al grupo de Ignacio y sus compañeros. Tener un corazón solo y una misma alma, compartir los bienes y las necesidades con alegría y sencillez de corazón, dar testimonio de la resurrección de Jesús con valor y sin miedo a las persecuciones y atraer de esta manera a muchas personas al encuentro salvador con el Señor... son rasgos que caracterizan la vida de la Iglesia naciente. Es fácil imaginarse a Francisco descansando espiritualmente con el recuerdo de sus compañeros, soñar con las cartas que aguarda recibir, leerlas una y otra vez para percibir nuevos matices y alimentar la amistad en Cristo con los hermanos distantes; y, a su vez, al escribir a los amigos exply su espíritu narrando las aventuras misioneras, con sus trabajos y consolaciones, manifestándoles confiadamente sus actitudes profundas. El alma entera de Francisco se transparenta en sus escritos. El recuerdo cordial de los orígenes de su conversión a través de la relación con Ignacio y los Ejercicios Espirituales, el amor a la Compañía de

⁶ Zubillaga, p. 217, Carta a sus compañeros residentes en Roma, 20 de enero 1548. Cf. X. León-Dufour, *San Francisco Javier. Itinerario místico de un apóstol*, Bilbao 1998, pp. 82 ss.

⁷ Col. 1102. “Y para que jamás me olvide de vosotros, por continua y especial memoria, para mucha consolación mía, os hago saber, carísimos hermanos, que tomé de las cartas que me escribisteis, vuestros nombres, escritos por vuestras manos propias, juntamente con el voto de la profesión que hice, y los llevo continuamente conmigo por las consolaciones que de ellos recibo. A Dios nuestro Señor doy las gracias primeramente, y después a vosotros, hermanos y padres suavísimos, pues os hizo Dios tales, que tanto me consoláis llevando vuestros nombres. Y pues presto nos veremos en la otra vida con más descanso que en ésta, no digo más” (A sus compañeros de Europa, carta de 10 de mayo de 1546, en: P. Zubillaga, o.c. p. 194).

Jesús con sus inicios balbucientes y la comunión con los amigos reviven y se afianzan en la soledad misionera habitada con la presencia especial de los compañeros distantes.

¿Qué huella dejó en Francisco la contemplación de la imagen del Cristo venerada en el Castillo de Javier donde nació y creció? La respuesta quedó en las profundidades de su alma; pero es “legítimo establecer congruencias entre el lenguaje espiritual de la imagen y algunos rasgos típicos de la hechura cristiana de Javier. Más aún, entiendo que hay semejanzas más que notables. En primer lugar, y sobre todo, la centralidad del misterio de Cristo en su vida. En esto consiste la fase de la segunda conversión en tantos hombres y mujeres de gran talla evangélica. Javier se hizo un hombre arrebatado por Cristo. En vivir con él y como él y en darlo a conocer internamente como único Señor y Redentor consistió la pasión central de su vida, que enucleó e impulsó todos sus deseos, proyectos y quehaceres. En la capilla de Javier no hay más que el Cristo. Quiero decir que la talla es imponente, y el espacio es angosto, que aquélla todo lo domina. Esta fue y no otra la configuración axiológica de la vida y obra de Francisco Javier”⁸.

Nos parece interesante esta sugerencia del padre Arana. El Cristo de Javier es la imagen de la capilla del castillo de Javier y es también el Cristo conocido, amado y servido por el misionero Francisco de Javier. La representación del Cristo crucificado, familiar a Francisco desde niño, era icono viviente del Cristo por quien trabajaba y con quien convivía como misionero.

La capilla del Cristo fue meta de peregrinaciones de las poblaciones vecinas, siglos antes de nacer Francisco. El santo crucifijo de Javier para Francisco fue como su primera escuela. Ya misionero siempre llevaría un crucifijo en el ligero ajuar; cuando un golpe de mar se lo arrebató navegando por las islas Molucas fue para él una pérdida muy sensible; y cuando providencialmente lo recobró, cuenta el padre G. Schurhammer que Javier lo abrazó y permaneció de rodillas durante media hora con el crucifijo en la mano y los brazos cruzados sobre el pecho. Incluso cuando dormía, se le oía susurrar el nombre de Jesús. Una tradición muy atendible sostiene que el Cristo perdido en el mar y rescatado tenía gran similitud con el Cristo de su casa, con la cabeza inclinada al lado derecho y rostro sereno. El Cristo de su infancia se había convertido en el fiel compañero de sus viajes y trabajos misioneros. “¡El Cristo para un misionero lo es todo! Hogar y camino, emblema y escudo, aguijón y descanso; razón de gozar, penar, vivir y morir para, finalmente, seguir viviendo”. La raíz secreta de su proeza apostólica residía en la “ilimitada confianza en el poder y en el amor de su Amigo y Señor Jesucristo. Su humildad era la única raíz de su valentía”⁹.

Es conocida la sonrisa cautivadora del rostro de la imagen extraordinaria, que contempló en su casa y que lo acompañó siempre. “Entre el Cristo de Javier y la persona de Francisco hay una manifiesta conformidad... Tienen en común el sentido de una profunda alegría ligada al misterio de la cruz”¹⁰. Según testimonios fiables de la familia, el Cristo de Javier sudó sangre en el mismo momento en que Francisco moría a las puertas de China. Fue un signo de cómo el Cristo de Javier acompañó a Francisco en su muerte. Y recordando la unión entre el sufrimiento y el gozo, comenta el padre Arana: la sonrisa

⁸ G. Arana, *San Francisco Javier. Presbítero jesuita, patrono de las misiones*, en: Nuevo Año Cristiano. Diciembre (director J. A. Martínez Puche) Madrid 2002, p. 67.

⁹ p. 72.

¹⁰ p. 73.

del Cristo de Javier es señal de victoria, «es signo del amanecer de Francisco a la Jerusalén celeste, donde “ya no habrá muerte, ni habrá llanto, ni luto, ni dolor, porque el mundo viejo ha pasado” (Ap 21,4)».

El crucifijo que llevaba siempre consigo Francisco le recordaba a Jesucristo, el Amigo, el Señor, el Redentor.. La relación personal tan estrecha entre Francisco misionero y Jesucristo anunciado en la predicación y servido en los pobres y enfermos expresa elocuentemente el lugar que ocupa Cristo en la misión de la Iglesia y en la expansión del Evangelio.

La encíclica *Redemptoris missio* (7 de diciembre de 1990) es testimonio autorizado del significado del Redentor en la misión de la Iglesia. Probablemente se puede condensar en las siguientes aserciones: según la fe cristiana, Jesús es el único Salvador de todos los hombres; por ello, la misión de la Iglesia es universal, es decir, se extiende hasta el final de la historia y el confín del mundo. “En el hecho de la Redención está la salvación de todos, porque cada uno ha sido comprendido en el misterio de la Redención”. “Sólo en la fe se comprende y fundamenta la misión”¹¹.

Aunque las modalidades misioneras cambien, el anuncio de Cristo crucificado y resucitado «tiene la prioridad permanente en la misión: la Iglesia no puede sustraerse al mandato explícito de Cristo; no puede privar a los hombres de la “Buena Nueva” de que son amados y salvados por Dios. “La evangelización debe contener siempre –como base, centro y a la vez culmen de su dinamismo– una clara proclamación de que en Jesucristo se ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y de la misericordia de Dios”. Todas las formas de la actividad misionera están orientadas a esta proclamación que revela e introduce en el misterio escondido desde siglos y revelado en Cristo (cf. Ef 3,3-9; Col 1,25-29), el cual es el centro de la misión y de la vida de la Iglesia, como base de toda la evangelización»¹².

2. Confianza en Dios

Según el P. Schurhammer, el rasgo fundamental de la vida espiritual de Francisco es una confianza en Dios sin reservas, por la cual no retrocede ante nada para extender la Buena noticia¹³. Así se expresa ante una aventura que todos desaconsejaban al padre Francisco: «Yo, por la necesidad que estos cristianos de la isla del Moro tienen de doctrina espiritual y de quien los bautice para salvación de sus almas y también por la necesidad que tengo de perder mi vida temporal, por socorrer la vida espiritual del prójimo, determino de me ir al Moro por socorrer en las cosas espirituales a los cristianos, ofrecido a todo peligro de muerte, puesta toda mi esperanza y confianza en Dios Nuestro Señor deseando de me conformar, según mis pequeñas y flacas fuerzas, con el dicho de Cristo nuestro Redentor y Señor que dice: “Pues quien quisiere salvar la vida, la perderá; mas quien perdiera su vida por amor a mí, la encontrará”»¹⁴.

¹¹ RM 4 y 11.

¹² RM 44.

¹³ Cf. Col. 1101.

¹⁴ P. Zubillaga, o.c. p. 191. cf. J. I. Tellechea Idígoras, *Los sueños de Francisco de Javier*, Salamanca 2006, pp. 119-120. El padre X. Léon-Dufour estructura su obra sobre San Francisco, aparecida por

Francisco agradeció la buena voluntad de sus amigos que intentaban disuadirle para que “no fuese a tierra tan peligrosa” (porque era gente “llena de traición” y por la “ponzoña que dan en el comer y beber”); pero él, que no tenía miedo, y sobre todo “por haber puesto mi esperanza en Dios, por no perder nada de ella, dejé de tomar los defensivos que con tanto amor y lágrimas me daban, rogándoles que en sus oraciones tuviesen continua memoria de mí”, se embarcó para ir a la isla del Moro. Los opositores resignados se decidieron a acompañarlo para protegerlo y hacerle de intérpretes. Cuando descubría Francisco cuál era la voluntad de Dios no había fuerzas humanas capaz de detenerlo. La confianza en Dios era la fuente de sus firmes convicciones, de su osadía y de la perseverancia en sus propósitos. Diariamente se jugaba la vida apostando por Dios que no defraudaría su esperanza.

3. Celo apostólico

En la comunión con Jesucristo, el Redentor de la humanidad, y en el amor a los hombres, cuya dignidad comprende Francisco a la luz de la fe, radica su incontenible ardor apostólico. «Francisco de Javier estaba poseído de un celo de las almas particularmente abrasador. Para estas almas, estas “imágenes de Dios”, como él las llama frecuentemente, se hacía todo a todos; las ganaba por su alegría comunicativa, su afecto y su profundo espíritu sobrenatural. Este apóstol nato no sueña más que con “servir” a las almas y estar “al servicio de su Señor”. Sin cesar se encuentran en sus escritos estas expresiones “gloria de Dios”, “manifestación de Jesucristo”, “salvación de las almas”..., “por solo amor y servicio de Dios Nuestro Señor”... Su preocupación de cada instante es “abrir un camino para manifestar la fe de Nuestro Señor Jesucristo”..., “para dilatar las fronteras de la santa Madre Iglesia, la esposa de Jesucristo”»¹⁵.

La inquietud misionera que no se arredra ante los obstáculos mayores brota de esas fuentes en Javier y debe brotar en nosotros hoy. Lo contrario del celo apostólico es la indolencia de espíritu, la renuncia a padecer por el Evangelio, el “barato de almas”, de que hablaba san Juan de Ávila.

Es famosa la carta del 15 de enero de 1544, dirigida a “sus compañeros residentes en Roma”; de ella cito un párrafo en que contrasta el afán de honores y prebendas que él buscó en otro tiempo y otros buscan en sus estudios con las urgencias y necesidades apostólicas que siente ahora como un comezón de su espíritu. «Muchos cristianos se dejan de hacer en estas partes por no haber personas que en tan pías y santas cosas se ocupen. Muchas veces me mueven pensamientos de ir a los estudios de esas partes, dando voces como hombre que tiene perdido el juicio y principalmente a la universidad de París, diciendo en la Sorbona a los que tienen más letras que voluntad, para disponerse a fructificar con ellas: ¡cuántas ánimas dejan de ir a la gloria y van al infierno por la negligencia de ellos! Y así como van estudiando en letras, si estudiasen en la cuenta que Dios nuestro Señor les demandará de ellas y del talento que les tiene dado, muchos de ellos se moverían, tomando medios y ejercicios espirituales, para conocer y sentir dentro de sus ánimas la voluntad divina, conformándose más con ella que con sus propias afectaciones, diciendo: “Señor, aquí estoy ¿qué quieres que yo haga? Envíame a donde quie-

primera vez en Francia en 1952, en tres partes tituladas significativamente: Su despertar a la confianza, la confianza puesta a prueba y las profundidades de la confianza.

¹⁵ Col. 1103.

ras”»¹⁶. Francisco Javier, a quien se le cansan los brazos de bautizar y pierde el habla de tanto predicar y enseñar, sueña con los “mil millares de gentiles que se harían cristianos, si hubiese operarios para que fuesen solícitos de buscar y favorecer las personas que no buscan sus propios intereses sino los de Jesucristo”.

El celo evangelizador se enfrenta hoy con la indiferencia religiosa y con la desatención a las cuestiones más fundamentales de la vida humana. En nuestro mundo actual percibimos vivamente la necesidad de que Dios abra el corazón de los hombres al Evangelio y las puertas de la sociedad a una palabra que fortalezca los fundamentos de la misma democracia y la calidad de la vida social. Ante esta situación podemos los cristianos padecer la tentación de renunciar a sembrar inquietudes en un ambiente que parece prescindir pacíficamente de las preguntas últimas. ¿Cedemos ante el silencio que sobre Dios se quiere instaurar o rompemos con valor el silencio inducido por la cultura dominante, a veces en el doble sentido de la palabra, a saber, como ambiente generalizado y como imposición desde las diversas formas del poder? ¿No podemos los cristianos y no debemos salirnos del guión que otros nos señalan? Hay ocasiones en que el respeto a la pluralidad que se quiere promover y a la secularidad que se pretende custodiar se convierte en una trampa a la libertad de las personas y al atrevimiento evangelizador. La carmelita C. Kaufmann, que ha muerto hace pocas semanas, en una entrevista de TV rompió el esquema de la entrevistadora M. Milá y se puso a hablar tan vivencialmente de Dios y en forma de oración tan verdadera que la avisada entrevistadora se dio cuenta del interés que estaría suscitando en los espectadores y le dejó hablar ampliamente; tan apreciada fue la entrevista que fue ofrecida nuevamente a los televidentes. La palabra sobre Dios pronunciada con amor a los hombres y gratitud por la fe recibida puede despertar actitudes y suscitar preguntas soterradas en el corazón de las personas. Un testimonio auténtico provoca resonancias en la fe adormecida. No debemos olvidar que el celo apostólico tendrá siempre una cierta dosis de “incorrección política”.

¡Qué lección de celo apostólico impartió tan admirablemente Francisco de Javier! El reconocimiento de la gloria de Dios por encima de todo, el amor de Jesucristo crucificado por nosotros y la estima vivísima del valor de la persona humana se convertían en su interior en ardor misionero e impulso incontenible. Trabajando intensamente por el Evangelio, su fe personal se hacía cada vez más vibrante y la comunión con Jesucristo en el amor y la misión acrisolaba su condición de discípulo y de presbítero. La pasión por el Evangelio, que es Jesucristo en persona, llevó a Francisco a afrontar grandes peligros y a arriesgarse en sorprendentes aventuras. Como escribió en una carta de 1549 desde Japón, Dios mismo le arrastraba a que amara más la salvación de los hombres que su propia vida corporal (cf. Act 20,24). La autenticidad del celo misionero se mide por la disponibilidad al sacrificio que exija la misión.

4. Vida eterna y muerte eterna

Francisco de Javier vivió profundamente, como era habitual en su tiempo, por una parte, el contraste entre las religiones paganas y el cristianismo y por otra, la impresionante alternativa entre salvación y condenación eternas. Desde entonces, en algunos aspectos la perspectiva cristiana ha madurado y se ha enriquecido; el Concilio Vaticano II nos ha enseñado una estima mayor de las religiones no-cristianas y también nos ha

¹⁶ P. Zubillaga, o.c. pp. 110-111. cf. J. I. Tellechea, pp. 98-99.

habitado a subrayar cómo la salvación empieza ya ahora por la fe, la conversión, el bautismo, el perdón de los pecados y el don del Espíritu Santo, distinguiendo entre la realización ya incoada de la salvación y su plenitud en la comunión definitiva y consumada con Dios en la gloria.

En la oración solemne y universal del Viernes Santo, la Iglesia reconoce, por una parte, lo que nos une a los católicos con los demás cristianos, con los judíos, con los que creen en Dios sin ser cristianos e incluso con los que no han llegado a un conocimiento expreso de Dios pero son rectos y sinceros en su vida; y por otra parte, suplica para que alcancemos lo que nos falta a unos y otros hasta que lleguemos al designio de Dios en Jesucristo. En los textos se reflejan las nuevas orientaciones y actitudes conciliares, comparando las fórmulas de las oraciones anteriores a la reforma litúrgica y las posteriores emerge claramente el nuevo espíritu del Concilio Vaticano II¹⁷.

Pero, ¿no existe frecuentemente una reserva excesiva, un silencio preocupante y hasta el riesgo de una secularización interna y de un inmanentismo cerrado acerca de la salvación eterna? ¿El modo de hablar de Francisco sobre la gloria y el infierno no expresa, por el contrario, una realidad permanente, aunque condicionada por el tiempo con sus esquemas religiosos y teológicos? ¿No necesitamos subrayar lo que fue parte del kerigma primitivo, a saber, que la conversión al Dios vivo y verdadero y a su Hijo Jesucristo vencedor de la muerte nos libra de la ira venidera y nos da parte en la vida eterna? (cf. 1 Ts 1,9-10). En efecto, si sólo para esta vida tenemos puesta la esperanza en Cristo somos los cristianos los hombres más dignos de compasión (cf. 1 Co 15,19). Pero no; Cristo ha resucitado y está vivo para siempre; en Él podemos esperar siempre, ya que es Señor de vivos y muertos (cf. Rm 14,7-9); ha resucitado como primicia de una cosecha abundante y como primogénito entre muchos hermanos (cf. 1 Co 15,20; Rm 8,29). La grandeza de la salvación prometida en Cristo abarca su comienzo desde ahora y su plenitud en la eternidad.

Iñigo de Loyola socavó las ansias de triunfo de Francisco de Javier repitiendo una y mil veces la máxima evangélica: “¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo, si al fin pierde su alma?” (Mt 16,26). Esta pregunta que fue horadando sus seguridades será repetida más tarde por Francisco en sus cartas. Para él como misionero, no podía quedar marginada ni desatendida tan honda interrogación de cara a los demás. Salvar el alma, entrar en la vida eterna, ser liberado de la condenación definitiva, arrancar a otros de la perdición, etc. serán aspiraciones primordiales de Francisco Javier. La magnitud de la gracia redentora se mide por el abismo del que nos rescata; Dios nos amó tanto que por salvar al esclavo entregó al Hijo.

La misión cristiana no puede olvidar, si no quiere devaluar las dimensiones de la salvación, el riesgo de perdición eterna, en que consiste según la comprensión católica el infierno. En el Evangelio anunciado por Jesús el centro está en el amor de Dios, en el Padre que nos ama, porque Dios es amor. Ante este amor el Evangelio interpela al hombre libre, que puede decir sí o puede negarse y no entrar en el dinamismo del amor. “Lo esencial del mensaje (sobre el infierno en la Sagrada Escritura) es una advertencia que

¹⁷ Cf. *Lumen gentium* 14-16. Declaración conciliar *Nostra aetate* sobre las relaciones de la Iglesia con la religiones no cristianas. Puede consultarse el documento importante de la Comisión Teológica interna-cional, *El cristianismo y las religiones* (1996) en: Documentos 1969-1996, Madrid 1998, pp. 557-604. Congregación para la Doctrina de la Fe, *Declaración Dominus Jesus sobre la unicidad y la universalidad salvífica de Jesucristo y de la Iglesia* (6 de agosto de 2000).

quiere ponernos en guardia. La existencia del hombre, que se juega libremente en la elección o rechazo de amar, es terriblemente seria. El infierno es una posibilidad real para cada uno de nosotros, si nuestra libertad rechaza a Dios de modo definitivo”¹⁸.

No se puede eliminar la alternativa impresionante: o vida eterna o muerte eterna. Lo que el hombre pierde si no acoge a Dios es la Vida; entre la Vida y la muerte no hay zona intermedia. Si la salvación se convirtiera en algo automático, perdería su altura, anchura y profundidad; el hombre no sería salvado como hombre libre y responsable también ante Dios. Querer excluir el riesgo de perdición definitiva, porque Dios es infinitamente bueno y misericordioso, es pretender definir a Dios a nuestro modo y enmendar la plana al mensaje que nos ha transmitido su Hijo Jesucristo. La hermenéutica de las expresiones escatológicas del Nuevo Testamento que llegara hasta eliminar la “otra” vida o a suprimir la alternativa dramática entre Vida eterna y muerte eterna, entre salvación y riesgo de perdición, no sería una interpretación sino una falsificación; el peligro real de cerrarse al amor de Dios acompaña como una sombra a la gracia de la salvación del hombre. El resultado no respetaría el Evangelio de la gracia de Dios con su valor y seriedad; lo habríamos convertido, más bien, en una adaptación asimilable para nuestro consumo.

Sobre la realidad del infierno la imaginación se ha desbordado, quizá animada por obras de escritores de categoría universal, por ejemplo Dante Alighieri. ¡No nos dejemos guiar por los fantasmas de una imaginación desenfrenada, aunque sean en ocasiones muy aptos para impresionar a las personas! En este campo la sobriedad es muy saludable y la ignorancia, que renuncia a satisfacer curiosidades, es docta. Lo fundamental del infierno, según la teología cristiana, consiste en el riesgo concreto y personal, en que nos encontramos cada uno, de rechazar definitivamente el amor de Dios, en quien están la vida, la paz y la dicha consumadas y eternas. Sobre el hecho mismo de que haya personas condenadas y sobre su número no tenemos palabra de Dios. Incluso en el caso de Judas, “a quien más le valdría no haber nacido” (Mt 26,24), triste desgracia fue entregar a Jesús, el Amigo y el Mesías¹⁹.

Por esto, debemos suplicar humildemente la gracia de la salvación, y con respeto a la santidad de Dios poner nuestra confianza ilimita en su bondad infinita; desconfiando de nuestras fuerzas estamos llamados a vivir diariamente entre la gratitud por lo recibido y la esperanza en que Dios llevará a término la obra comenzada. Ya desde ahora podemos reposar en el corazón del Padre, sabiendo que nos ama como a hijos.

Existe, según la tradición de la Iglesia, una correspondencia entre *lex credendi* y *lex orandi*; pues bien, en el canon romano, que han rezado generaciones y generaciones de cristianos, pedimos al Señor: “Ordena en tu paz nuestros días, líbranos de la condenación eterna y cuéntanos entre tus elegidos”. Y en el credo profesamos: “Creo en el Espíritu Santo... la resurrección de la carne y la vida eterna”. Con palabras del mismo venerable canon romano pedimos a Dios, el único bueno (cf. Mc 10,18), que nos “acepte en su compañía, no por nuestros méritos, sino conforme a su bondad”. Con frecuencia en los funerales en que recordamos ante Dios a los difuntos se mezclan inadecuadamente la súplica confiada al Señor para que les dé el eterno descanso y la seguridad de que ya lo han recibido; no se debe confundir la firmeza de la confianza en Dios con la certe-

¹⁸ B. Sesboüé, *Dopo la vita. Il credente e le realtà*, Cinisello Balsamo (Milán) 1992, p. 147.

¹⁹ Cf. J. L. Ruiz de la Peña, *Muerte, esperanza y salvación*, Madrid 2004.

za del conocimiento sobre la situación de los difuntos. Existe un no-saber del hombre que respeta el Misterio impenetrable e inefable de Dios; en este ámbito misterioso miramos el futuro, vivimos la libertad como personas, ejercitamos la confianza e invocamos a Dios.

No reduzcamos la salvación a una forma cualificada de vida humana personal y social dentro de los límites de este mundo. «La tentación actual es la de reducir el cristianismo a una sabiduría meramente humana, casi como una ciencia del vivir bien. En un mundo fuertemente secularizado, se ha dado una “gradual secularización de la salvación”, debido a lo cual se lucha ciertamente a favor del hombre, pero de un hombre a medias, reducido a la mera dimensión horizontal. En cambio, nosotros sabemos que Jesús vino a traer la salvación integral, que abarca al hombre entero y a todos los hombres, abriéndoles a los admirables horizontes de la filiación divina»²⁰. El hombre es salvado como cuerpo y alma, como “chispa” de eternidad y fragmento de cosmos, como historia y futuro definitivo, como persona y miembro de la familia humana como hombre y llamado a ser hijo de Dios.

Si Jesús es el Salvador de todos los hombres, la Iglesia nacida y cimentada en el acontecimiento de Cristo debe anunciarlo con “parresía” e intrepidez apostólicas en todos los rincones del mundo, consciente de que, como decía a menudo la madre Teresa de Calcuta, “la primera pobreza de los pueblos es no conocer a Cristo”. Implica también esta universalidad que el anuncio pueda ser realmente escuchado y vitalmente entendido por personas nacidas y crecidas en ámbitos de vida muy distantes y distintos. Jesús nacido en unas coordenadas de tiempo y espacio, de un pueblo, tradición y cultura particulares, es el Redentor de los hombres “de toda raza, lengua, pueblo y nación” (Ap 5,9). El que la salvación de Dios ofrecida en Jesucristo llegue efectivamente a las personas en su situación concreta es obra del Espíritu Santo, a quien san Juan de la Cruz llamó con una comparación acertada y sugerente “aposentador” de Jesucristo, ya que le prepara posada en el corazón del hombre.

Para que los hombres, tan diversos e idénticos a la vez, se sientan concernidos por el mensaje de la Iglesia sobre Jesucristo tienen que ser interpelados en su misma condición humana: el nacer y el morir, la vitalidad personal y la conciencia anticipada de la muerte, los desgarros del corazón y la querencia de la reconciliación profunda, el pecado y el perdón, el amor compasivo y la esperanza que se resiste a fenecer, el crecimiento y el vigor, la enfermedad y el dolor, el amor y la convivencia respetuosa entre los hombres, la justicia, la libertad y la paz, la fraternidad universal y la mesa compartida de los bienes de la tierra, el temor ante el futuro y la confianza serena en manos de Dios bueno y providente. El mismo Evangelio puede ser entendido realmente por todos los hombres en medio de las diferencias culturales.

San Francisco Javier, misionero de Jesucristo entre los hombres del lejano Oriente, simboliza también la universalidad de la salvación cristiana. Jesús ha venido para todos y por esto confiamos que los hombres de ayer, de hoy y de mañana, del Oriente y Occidente, del Norte y el Sur tengan en su interior una “espera” de Jesucristo, que los lleve a reconocer en el Evangelio la palabra de salvación.

²⁰ RM, 11.

He deseado presentar en las páginas precedentes algunas llamadas que san Francisco Javier, el misionero por excelencia entre personas del siglo XVI y en latitudes muy distantes, nos dirige a los cristianos de comienzos del tercer milenio. Hay mensajes evangélicos elocuentes siempre y en todas partes. Lo genuino cristiano no envejece.

† RICARDO BLÁZQUEZ
Obispo de Bilbao

Compromiso por la justicia y servicio de la caridad según la encíclica *Deus caritas est**

El papa Benedicto XVI hizo pública su primera encíclica *Deus caritas est* (1 Jn 4,16) el día 25 de enero, que trae resonancias ecuménicas y conciliares, ya que con la fiesta de la conversión del apóstol san Pablo concluye la semana de oración por la unidad de los cristianos y justamente ese día anunció Juan XXIII, el año 1959, su propósito de convocar un concilio ecuménico. Como sabemos, entre los objetivos principales del Concilio Vaticano II está la reunificación de los cristianos; y trabajar por este objetivo los papas posteriores lo han considerado como un encargo especial de Dios: Pablo VI, Juan Pablo II y ahora Benedicto XVI. El papa había firmado la encíclica el día 25 de diciembre, fiesta en que celebramos los cristianos el alumbramiento de Jesús, el Hijo de Dios, cuyo nacimiento es también el nacimiento de la vida, de la paz, del amor y la manifestación entrañable de la bondad de Dios. Todo esto celebramos los cristianos el día de Navidad. Las dos fechas, la de la firma y la de la presentación de la encíclica, son relevantes y elegidas intencionadamente.

Precisamente en torno a la encíclica quería hacer algunas pequeñas reflexiones, y especialmente sobre la segunda parte, en que trata el papa acerca de la caridad en la vida de la Iglesia, planteando con mucha finura las relaciones entre caridad y justicia, Iglesia y sociedad.

¿Es una encíclica programática? Ha sido habitual el que la primera encíclica de los últimos papas enunciara prioridades pastorales, actitudes-guía asumidas por él, acciones preferenciales en la medida de lo previsible del ministerio petrino a él confiado. (Recordar la encíclica *Ecclesiam suam* de Pablo VI, donde desarrolló ampliamente el diálogo en la perspectiva de la Iglesia católica, y la encíclica *Redemptor hominis* de Juan Pablo II, donde aparece ya la orientación de fondo según la cual “el hombre es el camino de la Iglesia”) ¿Es así la presente encíclica o es una sorpresa más de las que viene dando Benedicto XVI?

La encíclica trata “del corazón de la fe cristiana”; está dedicada al amor que Dios nos tiene (así se muestra la imagen de Dios) y el amor que nosotros podemos y debemos tenerle a Dios y tener a los demás (así se manifiesta el sentido de nuestra vocación como personas). El amor cristiano está caracterizado por una estructura tripular, “ya que en el amor entre Dios y el hombre está siempre incluido el hermano (el prójimo)”¹. Porque el papa se dirige al corazón del cristianismo, la encíclica nos enseña, quizá como orientación programática: vayamos a lo central, no nos desparramemos en numerosas perspec-

* Intervención en el Foro de Nueva Economía, el día 17 de mayo de 2006.

¹ V. Warnach, *Agape*, en: LTK 1, col. 179. El amor cristiano, en cuanto implica, reúne y comprende las fuerzas del conocimiento, de la voluntad y del sentimiento, es “un acto de totalidad” (Mc 12,30 par. Dt 6,5). En el amor fraternal se manifiesta y toma cuerpo, realiza y acredita el amor recibido de Dios (ib. col 178). El amor entre el esposo y la esposa, que considera el papa como arquetipo del amor, no es sólo un sentimiento, que puede poseer mayor o menor atractivo sensible. El amor tiene su sede en el “corazón” en el sentido bíblico, es decir en el centro de la persona, y por ello es también convicción razonada de manera adulta y responsable. El amor se realiza en las obras, ya que el amor verdadero se muestra en la capacidad de entrega a la persona amada, uniendo *eros* y *agape*. El amor entre el varón y la mujer unidos en matrimonio tiene una dimensión institucional, ya que el matrimonio es “patrimonio de la humanidad” y no simple cuestión privada de los contrayentes.

tivas, simplifiquemos sin perder contenido. Cuando urgen muchas tareas, lo que cumple realizar ante todo es lo fundamental, lo que sustenta e ilumina lo demás.

El papa rescata a través de sus bellas, convincentes y accesibles reflexiones la dignidad del amor, ya que la palabra está tan ajada y gastada, ha padecido tantos abusos y ha sido tan instrumentalizada, que existe la tendencia –como ocurre con la misma palabra de Dios– a silenciarla. Pero ante el riesgo de no pronunciarla y preterirla para no contribuir a su degradación, debemos retomarla, purificarla y devolverle su esplendor originario. El abandono no restituye la autenticidad; más bien, contribuye a su desaparición. Ya santa Teresa de Jesús se lamentaba de que otras realidades habían sustraído al amor genuino su nombre; pues bien, Benedicto XVI frente a las diferentes falsificaciones, recuerda su hondura, su atractivo y su totalidad: «El *eros*, reducido a puro “*sexo*”, se convierte en mercancía, en simple “objeto” que se puede comprar y vender; más aún, el hombre mismo se transforma en mercancía» (n. 5). ¿No necesita nuestra cultura dignificar el amor sexual devolviéndole su calidad de amor interpersonal, en lo corporal y espiritual? En ocasiones hemos podido utilizar la palabra “caridad” como sustituto de justicia y encubrimiento de injusticias y amortiguamiento de la lucha contra las injusticias; desde lejos, desde arriba, desde la seguridad quizá se han visitado personas marginadas y empobrecidas para “hacer caridad”. Otra objeción recoge el papa, ésta de F. Nietzsche: “el cristianismo habría dado de beber al *eros* un veneno, el cual, aunque no le llevó a la muerte, le hizo degenerar en vicio.. La Iglesia, con sus preceptos y prohibiciones, ¿no convertiría acaso en amargo lo más hermoso de la vida?” (n. 3). ¿No es un “aguafiestas” que donde el Creador puso el placer y la felicidad habría inoculado la culpabilidad y la desdicha? Y respondiendo a esta objeción enseñará el papa: ¿No necesita la maduración del amor de las personas que sea purificado, que sea acrisolado por el sacrificio, que sea cuidado como un tesoro?

Actualmente la imagen de Dios está desfigurada porque se ha relacionado el nombre de Dios con la violencia, la obligación de odiar y responder al mal con la venganza. Hoy necesitamos rescatar la dignidad de la fe en Dios, que nada tiene que ver con el fundamentalismo ni la intolerancia orgullosa; la religión verdadera está unida esencialmente con la paz y la realidad misma de Dios que se define como amor. Tenemos necesidad de presentar el genuino rostro de Dios revelado en Jesucristo que nos ha amado hasta la muerte.

Eros y *agape* no son realidades contrapuestas; pueden ser armonizados a través de la apertura mutua, la maduración, el ahondamiento y la purificación. Hay unidad del amor en la creación y en la historia de la salvación. La encíclica excluye la separación entre *eros* y *agape*, distanciándose así de la tesis de A. Nygren expuesta en su obra clásica². La encíclica en la segunda parte expone cómo la lucha por la justicia y el servicio

² Anders Nygren fue un teólogo sueco, profesor, obispo luterano y presidente de la Federación Luterana Mundial, que publicó en 1930 *Eros y Agape*. Es una obra que hizo historia, aunque ha sido contradicha muchas veces su tesis de fondo. El papa tampoco está de acuerdo con Nygren. “Al concluir la lectura de *eros* y *agape*, el problema de la unidad y dualidad del amor... (a saber), si, y en qué medida, la grandeza del amor humano, en sus manifestaciones diversas, de *agape* en el sentido de la total renuncia de sí, de *eros* en la búsqueda del bien y de la felicidad, tengan alguna intrínseca correlación, si por vías diversas expresan alguna común instancia, si tengan en sí –y concretamente en la historia manifiesten– un común origen si conduzcan, aunque oscuramente, hacia un mismo resultado, si, por fin, uno de ellos, el *eros*, pueda por una *crisis* radical abrirse al *agape*; o más bien si se trata, como Nygren ha retenido por el contrario, de dos entidades incommunicables entre sí, yuxtapuestas y sin relaciones más que exteriores, tales que las síntesis, realizadas o intentadas, no terminen sino en la ruina y disolución de uno de los dos

de la caridad pueden y deben relacionarse positivamente, respetando al mismo tiempo la autonomía de las realidades temporales y la originalidad del amor cristiano.

La segunda parte de la encíclica está dedicada al ejercicio del amor por parte de cada cristiano y de la Iglesia, después de haber dejado claro que el amor a Dios y el amor al prójimo son inseparables. En la historia de la Iglesia, desde el principio hasta hoy, la caridad ha sido una tarea, una exigencia y una aspiración permanente. ¡También hoy! Las obras caritativas y sociales forman parte de la vida y misión de la Iglesia, junto con el anuncio de la Palabra de Dios y la celebración de los sacramentos.

Ya en la primera descripción de la Eucaristía dominical (“el día del sol”) en tiempos de San Justino (+ ca. 155) la colecta de las limosnas a favor de los necesitados es parte integrante de la celebración. La institución de los diáconos tiene que ver también con la asistencia a los pobres. Hasta tal punto era socialmente significativa la acción caritativa de la Iglesia primitiva que Juliano el Apóstata (+ 363), ya emperador, decidió restaurar el paganismo incorporando a esa restauración la actividad caritativa de la Iglesia, ya que, con sus propias palabras, era el único aspecto que le impresionaba del cristianismo (n. 24).

¿Cómo se explica que la Iglesia haya suscitado para los servicios caritativos un número tan alto de colaboradores “voluntarios/as”?

Las múltiples modalidades de la caridad son rasgos del rostro eclesial; junto a las obras de educación en la fe y a las acciones de culto, ocupan las obras de caridad (llevadas a cabo también con la competencia profesional y técnica requerida) una parte visible y relevante de la Iglesia. Cáritas que, como organización en todos los niveles de la realización de la Iglesia, goza de gran aprecio social; Manos Unidas, esa iniciativa admirable puesta en marcha por las mujeres de Acción Católica hace varios decenios; Proyecto Hombre, surgido en la Iglesia de Italia, con programas en tantísimos lugares nacidos por iniciativa de instituciones de Iglesia, que ha ayudado a reconstruir la persona y la vida a muchos hombres y mujeres drogodependientes; la atención a enfermos y ancianos; un amplísimo capítulo el del cuidado de los ancianos que viene de lejos desde cuando apenas había medios y formas institucionales del Estado para atenderlos. ¿Cómo no recordar el elogio reiterado de Fidel Castro a las Hermanitas de los Ancianos Desamparados en Santovenia, junto a La Habana, poniéndolas como ejemplo de cómo se debe cuidar a los ancianos, aunque a continuación añadiera para que el elogio no sonara a excesivo: “pero son unas fanáticas”, es decir, creen en Dios y rezan? La obra de los misioneros, que junto a la transmisión del Evangelio por la palabra encarnan el Evangelio por las obras asistenciales, promocionales, educativas... En nuestras latitudes hay obras para enfermos terminales, para personas excluidas, para inmigrantes, para niños abandonados, para mujeres maltratadas y jóvenes expuestas a la instrumentalización comercial,

términos, en sustancia de la agape. En síntesis si el eros del hombre puede o no puede estar donde está el agape de Dios y viceversa” (Franco Bolgiani, *Anders Nygren y la investigación temática en la historia del Cristianismo*, en: Anders Nygren, *Eros e agape. La nozione cristiana dell'amore e le sue trasformazioni*, Bologna 1971, pp. XLVIII s.). “Agape en el Nuevo Testamento significa principalmente el amor de Dios a los hombres, especialmente a los pecadores, que se manifiesta en Cristo; después el amor al prójimo y el amor a los enemigos, y finalmente el amor a Dios” (V. Warnach, a.c. col. 178). Nygren expone cómo en san Agustín se encuentran y forman una unidad espiritual el mundo del eros y el mundo del agape (cf. pp. 453 ss.). Recordemos cómo el papa J. Ratzinger ya en sus años de estudios universitarios profundizó en la teología de san Agustín.

etc. Ante todo esto, ¿cómo es posible que muchos se hagan su imagen de la Iglesia al margen de estas numerosas, admirables, sacrificadas, relevantes... obras de la Iglesia? Puede haber facciones del rostro de la Iglesia menos atractivas; pero todas éstas son atrayentes y amabilísimas. ¿Por qué no forman parte de la imagen global? Si por hipótesis desaparecieran, de la noche a la mañana, las obras caritativas y sociales de las diversas organizaciones de Iglesia que existen en una diócesis, por ejemplo la de Bilbao, la sociedad quedaría inmensamente menos equipada para atender a los necesitados de tantas indigencias; sería humanamente más pobre y menos cualificada socialmente.

El marxismo objetó a la actividad caritativa de la Iglesia que *“los pobres no necesitan obras de caridad, sino de justicia”* (n. 26). El papa recibe la objeción, y con humildad para reconocer la parte de verdad que puede haber en esta acusación, con lucidez para distinguir el grano de la paja, con perspectiva de presente y futuro para el bien de la humanidad define la relación entre el compromiso necesario por la justicia y el servicio de la caridad. ¿Hay espacio en las sociedades modernas para la Iglesia, no sólo como comunidad de cristianos particulares, sino también como “expresión social de la fe cristiana” (n. 28)? ¿No va asumiendo la sociedad y el Estado actividades, desarrolladas antes por la Iglesia, en parte al menos por las limitaciones del Estado? En este punto expone el papa unas reflexiones claras y valientes, inspiradas en el Concilio Vaticano II, fecundas para orientar a los cristianos en nuestras sociedades modernas, y al mismo tiempo sencillas y fundamentales. Como viene siendo habitual en él afronta lo básico y esencial de manera precisa y transparente.

Me permito a continuación recoger de la encíclica las aserciones más determinantes del n. 28. “El orden justo de la sociedad y del Estado es una tarea principal de la política”. “La justicia es el objeto y también la medida de toda política”. “La Iglesia no puede ni debe emprender por cuenta propia la empresa política de realizar la sociedad más justa posible”. Y reitera: “La sociedad justa no puede ser obra de la Iglesia, sino de la política”. Este reconocimiento de la competencia de la sociedad y del Estado es clarísimo: “(La Iglesia) no puede ni debe sustituir al Estado (en la realización de la sociedad justa); “tampoco puede ni debe quedarse al margen en la lucha por la justicia”. ¿Cómo acontece esta presencia de la Iglesia en la lucha por la justicia sin entrometerse indebidamente en las responsabilidades propias de la sociedad y del Estado?

Por varias vías se puede comprender cómo, siendo mutuamente independientes el Estado y la Iglesia, puede y debe ésta participar en la lucha por la justicia que es el fin propio del Estado. La justicia es de naturaleza ética y concierne a la razón práctica, es decir, a la actuación de la razón en la determinación de objetivos y acciones para realizar la justicia; ahora bien, en el quehacer de llevar a cabo el Estado la promoción de la justicia, la Iglesia puede colaborar de diversas formas.

a) “Política y fe, en este punto, se encuentran. Sin duda la naturaleza específica de la fe es la relación con el Dios vivo, un encuentro que nos abre a nuevos horizontes más allá del ámbito propio de la razón. Pero al mismo tiempo, es una fuerza purificadora de la razón misma. La fe permite a la razón desempeñar del mejor modo su cometido”... Puede la fe iluminar a la razón a veces obnubilada. La Iglesia quiere servir a la formación de las conciencias, contribuir a que crezca la percepción de las verdaderas exigencias de la justicia y motivar la disponibilidad para actuar conforme a ella. La Iglesia, a través de la argumentación racional (derecho natural y condición humana) y despertando las fuerzas morales del hombre, presta una preciosa ayuda al bien común. La com-

preensión del hombre como persona, cuya definición se decantó en las discusiones trinitarias y cristológicas de los primeros siglos, el valor de la vida humana, la dignidad del matrimonio y de la familia, la solidaridad entre los hombres, la opción preferencial por los pobres inspirada en el Evangelio, las motivaciones cristianas para trabajar por el bien común, etc. son contribuciones de la Doctrina Social de la Iglesia. Ayudar a que la razón vea más honda y limpiamente; y reavivar las fuerzas espirituales y morales para actuar justamente son tareas en que la Iglesia, de modo “mediato”, puede colaborar en el establecimiento de estructuras justas y en la promoción de la justicia.

b) Pero «el deber inmediato de actuar a favor de un orden justo en la sociedad es más bien propio de los fieles laicos. Como ciudadanos del Estado, están llamados a participar en primera persona en la vida pública. Por tanto, no pueden eximirse de la “multiforme y variada acción económica, social, legislativa, administrativa y cultural, destinada a promover orgánica e institucionalmente el *bien común*”. La misión de los fieles es, por tanto, configurar rectamente la vida social, respetando su legítima autonomía y cooperando con los otros ciudadanos según las respectivas competencias y bajo su propia responsabilidad» (n. 29). La Iglesia, a través de los laicos, coopera en el cometido de la acción política propia de la sociedad.

c) Todavía señala el papa otra forma de colaborar la Iglesia en el trabajo por una sociedad que sea cada día más digno ámbito del hombre. Estas son sus palabras: “El amor –*cáritas*– siempre será necesario, incluso en la sociedad más justa. No hay orden estatal, por justo que sea, que haga superfluo el servicio del amor. Quien intenta desentenderse del amor se dispone a desentenderse del hombre en cuanto hombre. Siempre habrá sufrimiento que necesite consuelo y ayuda. Siempre habrá soledad. Siempre se darán también situaciones de necesidad material, en las que es indispensable una ayuda que muestre un amor concreto al prójimo. El Estado que quiere proveer a todo, que absorbe todo en sí mismo, se convierte en definitiva en una instancia burocrática que no puede asegurar lo más esencial que el hombre afligido, cualquier ser humano necesita: una entrañable atención personal. Lo que hace falta no es un Estado que regule y domine todo, sino que generosamente reconozca y apoye, de acuerdo con el principio de subsidiaridad, las iniciativas que surgen de las diversas fuerzas sociales y que unen la espontaneidad con la cercanía a los hombres necesitados de auxilio. La Iglesia es una de estas fuerzas vivas: en ella late el dinamismo del amor suscitado por el Espíritu de Cristo. Este amor no brinda a los hombres sólo ayuda material, sino también sosiego y cuidado del alma, una ayuda con frecuencia más necesaria que el sustento material. La afirmación según la cual las estructuras justas harían superfluas las obras de caridad, esconde una concepción materialista del hombre: el prejuicio de que el hombre vive “sólo de pan” (Mt 4,4; Dt 8,3), una concepción que humilla al hombre e ignora precisamente lo que es más específicamente humano” (n. 28). Por estas vías se encuentran la justicia y el amor, el trabajo necesario y digno de la política y la misión de la Iglesia.

Comentando la última reflexión del papa, tan fina sin duda, podemos preguntarnos. ¿No avala la historia el que la “creatividad del amor” ha llevado a cristianos concretos a percibir y dar respuesta, alguna respuesta, a necesidades emergentes en una situación dada? Los ejemplos son numerosos: Rafaela Ibarra ocupada y preocupada por las chicas que venían a Bilbao atraídas por el trabajo creado en la industrialización; el centro “Hontza” de Cáritas diocesana de Bilbao para acoger a personas que a pesar de los intentos no han conseguido una conveniente inserción social; organizaciones para la acogida y educación humana y cristiana de los “niños de la calle” en muchos lugares;

cuidado de los enfermos terminales del sida; las religiosas misioneras de la caridad, cuidando a “los más pobres de entre los pobres”. ¿No necesitan los ancianos además de pan, atención médica, techo y calor, personas que los escuchen, que les muestren respeto como personas en su debilidad, que los quieran, y particularmente compañía iluminadora y pacificadora ante las preguntas sobre la fe en Dios y la esperanza en la Vida eterna? La calidad de la vida humana, de que se habla con frecuencia en estas situaciones, no se debe apreciar tanto por el vigor de la misma cuanto por el sujeto viviente que es una persona. La Iglesia quiere responder a las necesidades concretas, nuevas e inveteradas, en una situación determinada; sabe que ejercitando el servicio de la caridad colabora eficazmente al bien común.

Termino recogiendo dos indicaciones del papa muy importantes para precisar el perfil específico de la actividad caritativa de la Iglesia. La primera es la siguiente: “La actividad caritativa cristiana ha de ser independiente de partidos e ideologías. No es un medio para transformar el mundo de manera ideológica y no está al servicio de estrategias mundanas, sino que es la actualización aquí y ahora del amor que el hombre necesita”. «El programa de un cristiano –el programa del buen samaritano, el programa de Jesús– es un “corazón que ve”. Este corazón ve dónde se necesita amor y actúa en consecuencia».

La segunda reflexión expresa bellamente la lealtad cristiana al ejercitar la caridad. “La caridad no ha de ser un medio en función de lo que hoy se considera proselitismo. El amor es gratuito; no se practica para obtener otros objetivos. Pero esto no significa que la acción caritativa deba, por decirlo así, dejar de lado a Dios y a Cristo. Siempre está en juego todo el hombre. Con frecuencia, la raíz más profunda del sufrimiento es precisamente la ausencia de Dios. Quien ejerce la caridad en nombre de la Iglesia nunca tratará de imponer a los demás la fe de la Iglesia. Es consciente de que el amor, en su pureza y gratuidad, es el mejor testimonio del Dios en el que creemos y que nos impulsa a amar. El cristiano sabe cuándo es tiempo de hablar de Dios y cuándo es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor” (n. 31).

Deus caritas est, la primera encíclica de Benedicto XVI, dirige nuestra atención al centro del Cristianismo y desde él nos ofrece ricas orientaciones y norte claro para la vida y la misión de la Iglesia en su servicio a la humanidad.

† RICARDO BLÁZQUEZ
Obispo de Bilbao
Presidente de la CEE

Lecciones de un líder

Invitado a participar en las Jornadas Católicos y Vida Pública con el lema “La verdad os hará libres”, tuvo Lech Walesa una intervención, que siguieron los numerosos oyentes con el aliento contenido. Walesa, como es conocido, fue el líder del sindicato Solidaridad en Polonia durante los cambios trascendentales acontecidos en su país, que repercutieron, a través de la caída del muro de Berlín el año 1989, en Europa y en el mundo. Atribuyó Walesa más del 50% al papa Juan Pablo II en la caída del comunismo. Al líder sindical le fue otorgado el premio Nóbel de la Paz el año 1983; y desde 1990 hasta 1995 fue, contra su voluntad, presidente de la República de Polonia. Fue y continúa siendo con toda verdad un católico en la vida pública.

En su discurso, al hilo de la narración histórica, aparecieron sus actitudes humanas y cristianas, reflexiones sobre su actuación, llamadas al compromiso nuestro e invitaciones a la esperanza en la oportunidad actual de la construcción de Europa. Impresiona escuchar que durante 20 años se reunieron habitualmente unas diez personas para reflexionar sobre su condición de trabajadores cristianos (él era electricista) en una sociedad oprimida por un Estado comunista. En estos años de trabajo oculto se fraguó su personalidad, y así pudo acometer la tarea cuando le llegó la oportunidad histórica de contribuir eficazmente al cambio de un sistema político, económico y social.

Con claridad, no siempre ejercitada, por ejemplo en nuestras latitudes, confesó que la fe en Dios les dio capacidad para resistir en aquella situación, para ser pacientes sin dimitir de la esperanza, para exigir el respeto a los hombres en su dignidad personal y social.

Como católico, experimentado en la vida pública, invitó a ejercitar la responsabilidad de los seglares (a los sacerdotes pidió que les habláramos de Dios) en nuestra situación concreta, poniendo como fundamento la fe en Dios y los grandes valores humanos. En este contexto lamentó que a veces se silencien las raíces cristianas de Europa, sin las cuales no seríamos lo que somos, y se pretenda sustituirlas por otras que no han mostrado su fecundidad histórica. Nos puso en guardia ante una ejercitación de la libertad desnutrida de valores y de regulación interior y dejada al dinamismo ciego de la “real gana” de cada uno. El día 27 de mayo en el palacio Euskalduna, tuvimos la oportunidad de escuchar a alguien que tiene cosas importantes que decir y las sabe decir.

† RICARDO BLÁZQUEZ
Obispo de Bilbao

Beatificación en nuestra catedral

Con fecha 17 de mayo hemos recibido una carta de la Secretaría de Estado, firmada por Mons. L. Sandri, en la que nos comunica que el “Sumo Pontífice ha concedido que la celebración de beatificación de la Venerable Sierva de Dios Margarita María López de Maturana tenga lugar en esa ciudad (Bilbao) el domingo 22 de octubre”. El camino para la beatificación había quedado expedito una vez que el Papa Benedicto XVI firmó el día 28 de abril el decreto por el que reconocía el milagro atribuido a la intercesión de la madre Margarita. Presidirá la celebración como representante del Papa el Card. José Saraiva Martins, Prefecto de la Congregación de las Causas de los Santos.

Es una noticia que nos llena de alegría y esperanza. Al tiempo que manifiesta la fecundidad cristiana de nuestra Iglesia de Bilbao, ya que los santos son el fruto más precioso de la santa Madre Iglesia, será una oportunidad estupenda, que deseamos aprovechar, para reavivar con la gracia de Dios la vitalidad de nuestra fe y su dimensión misionera. Invito ya desde ahora a que nos preparemos espiritualmente para este acontecimiento tan relevante.

María Pilar (Margarita María de religiosa) López de Maturana y Ortiz de Zárate era gemela de Leonor; nacieron en una familia cristiana de origen alavés el día 25 de julio de 1884, fiesta de Santiago Apóstol, Patrono de la Villa de Bilbao, en la calle Tendería 52, 3º; fueron bautizadas al día siguiente en la iglesia de san Antón. Falleció el día 23 de julio de 1934 y está enterrada en la iglesia del monasterio de las Mercedarias Misioneras de Berriz (Bizkaia). La cercanía geográfica e histórica nos convierte en destinatarios particulares de su mensaje. ¿Qué nos dice a nosotros, hombres y mujeres de la diócesis de Bilbao, una mujer cristiana extraordinaria, una religiosa y una misionera, que vivió y murió hace algunos decenios?

Es una coincidencia, no intencionadamente buscada, el que la beatificación tenga lugar en nuestra catedral el domingo 22 de octubre, que es la “Jornada Mundial por la evangelización de los pueblos”; es una coincidencia feliz ya que la vocación particular que recibió Margarita María está en conexión con las misiones, con la misión de la Iglesia que se llama “ad gentes”, es decir, con la transmisión del Evangelio donde Jesucristo es poco conocido y la Iglesia no está o apenas implantada.

Nuestra diócesis, erigida el año 1950, junto con las diócesis doblemente hermanas de Vitoria y San Sebastián, tienen un capítulo espléndido de carácter misionero. El año 1919 fue encomendado a D. Ángel Sagarminaga el discurso de apertura del curso en el seminario de Vitoria. Eligió como tema “las Misiones Católicas”, dos meses antes que publicara el Papa Benedicto XV su encíclica “Maximum illud” sobre las Misiones. Era una idea-fuerza que D. Ángel había traído de Comillas; recordemos que el gran movimiento misionero había surgido en España poco antes bajo la inspiración del jesuita Hilarión Gil, fundador de la revista “El Siglo de las Misiones”. El “discurso tuvo un eco increíble entre los seminaristas” (A. Ibáñez Arana), que fue fortalecido con la encíclica del Papa. Ya en febrero de 1921 se unieron varios seminaristas de Vitoria movidos por el afán de poner en práctica los resortes más adecuados para ayudar a las Misiones; este grupo, según cuenta D. Andrés Ibáñez, recientemente fallecido, será el germen de otras iniciativas muy interesantes.

Pues bien, en esos años, e incluso antes, el celo misionero de la madre Margarita buscaba cauces para desarrollarse. La visita en 1919 al Colegio de Berriz de dos misioneros, uno carmelita (18 de enero) destinado a la India y otro un jesuita (13 de septiembre) que marcharía a China enardecieron su espíritu, que ya vibraba con las Misiones. La Madre Margarita lo recuerda más tarde en estos términos: “Hay momentos en la vida de una especial trascendencia, cuando el Señor nos va señalando el camino... Este momento culminante para Berriz fue aquél en que poniéndonos delante el ejemplo de estos misioneros se levantó ante nosotras la imagen del pueblo que no conoce a Cristo, diciéndonos: ven a nosotros, ven a socorrernos”. Estas palabras recuerdan las de Act 16,9, que abrieron el horizonte misionero de Pablo. El año 1924 cuajaron los propósitos misioneros de Berriz; y en el 1926 tuvo lugar la imposición de crucifijos de misioneras a la comunidad. Berriz abrió sus puertas al mundo y envió enseguida misioneras a China, Japón, Saipán y Ponapé. El año 1933 fue recibida la madre Margarita por el Papa Pío XI, animando a la comunidad en su vocación misionera. Esperamos con ilusión la beatificación de la religiosa, paisana nuestra, que en las misiones encontró su vocación específica.

† RICARDO BLÁZQUEZ
Obispo de Bilbao

Información. Albisteak

SECRETARÍA GENERAL

Fallecimiento

- Rvdo. D. Flavio BUJANDA JAUREGUI, jubilado, falleció en Bilbao el día 17 de mayo de 2006, a los 83 años de edad.

SERVICIO VICARIAL DEL CLERO

Celebración de los aniversarios de la ordenación sacerdotal

En torno a la fiesta de San Pedro en que tradicionalmente tenían lugar las ordenaciones de presbíteros en nuestras diócesis celebraremos, como ya es habitual, el aniversario en Begoña. En concreto, los ordenados en 1946, 1956 y 1981, que cumplen respectivamente sus Bodas de Diamante, Oro y Plata.

La celebración tendrá lugar el 27 de junio, martes, de acuerdo con el siguiente programa: por la mañana, a las diez y media, charla de José Ignacio Tellechea Idígoras “*Francisco de Javier o la pasión por la evangelización*”; a las doce y media, concelebración presidida por el Obispo en la Basílica y a las dos, comida. La charla y la comida serán, como es habitual, en el Centro Diocesano de Espiritualidad.

* * *

SACERDOTES QUE CELEBRAN LAS BODAS DE DIAMANTE, DE ORO Y DE PLATA DE SU ORDENACIÓN SACERDOTAL

BODAS DE DIAMANTE (Ordenados en 1946):

- ARRIAGA MERIKAETXEBARRIA, Eduardo
- OLABARRIA AGUIRRE, Anastasio
- SALAZAR ABRISQUETA, José María

BODAS DE ORO (Ordenados en 1956):

- AJURIA AGUIRRE, Víctor
- ÁLAVA MAX, José Luís
- ARECHAGA BUSTINZA, Félix
- AZKARAI BILBAO, Anastasio
- LARRAURI BILBAO, Martín
- MENDIZABAL CLEMENTE, José Ignacio
- ONAINDIA ELORRIAGA, Jon
- REKAKOETXEA SOLATXI, José María
- SAENZ DE CABEZÓN ANITUA, Miguel María
- SALAZAR ABRISQUETA, Luís
- PAGONABARRAGA GASTELURRUTIA, Alberto

BODAS DE PLATA (Ordenados en 1981):

- LÁZARO ZUGAZAGA, José María
- OLIDEN LANDETA, Luis Carlos

RELIGIOSOS

BODAS DE DIAMANTE (Ordenados en 1946):

- LLANO CANGAS, Vicente

BODAS DE ORO (Ordenados en 1956):

- NÚÑEZ GOENAGA, Juan José
- ZABALGO, Adrián
- ISPIZUA, José Luis
- BILBAO MONASTERIO, Félix
- ALBIZU, Manuel
- IÑURRITEGI URZELAI, Vitoriano
- ANTOÑANA GORTAZAR, Héctor
- GOENAGA ZUBILLAGA, José Antonio
- LEGORBURU APAOLAZA, Agustín

BODAS DE PLATA (Ordenados en 1981):

- FRAILA FASSELER, Carlos María

Crónica Diocesana*

Kerman López y Félix Larrondo, nuevos vicarios territoriales

Tras el proceso de consulta llevado a cabo en la diócesis, Kerman López y Félix Larrondo han sido designados por el obispo como nuevos vicarios territoriales para las vicarías de Encartaciones (I y II) y Uribe (VI) respectivamente. Con esta designación se completa el proceso de relevo vicarial que comenzó con el nombramiento del vicario general, Ángel María Unzueta. Completan el equipo de vicarios territoriales José Luis Achótegui y José Luis Iza (vicarías III, IV, V y VII) que han sido renovados por un segundo ciclo y que por lo tanto continúan en el cargo que vienen ocupando desde hace cinco años.

Kerman López (Güeñes, 1957), es cura diocesano desde el año 1984, militante y consiliario de la HOAC (Hermandad Obrera de Acción Católica) durante seis años, ha estado al frente del seminario diocesano otra media docena de años (1997-2003); y actualmente es el párroco de la nueva parroquia de Miribilla cuyo templo empezará a construirse el mes que viene. Kerman releva en el cargo a José María Delclaux (Bilbao, 1945) que ya ha cumplido dos mandatos y ha permanecido en el cargo, por lo tanto, desde el año 1996. Antes había estado en Karranza, Ortuella, Gallarta, había sido delegado del Sector Minero, y durante once años misionero en Brasil (Sao Paulo).

Félix Larrondo (Erandio, 1960), es licenciado en pedagogía y en teología y actualmente párroco en Berango y Barrika, aunque antes estuvo diez años en Sopuerta, es miembro del Instituto Diocesano de Teología y Pastoral y secretario del Consejo Presbiteral.

En las vicarías de Bilbao (III y VII) continua José Luis Achótegui (Durango, 1941) que también ha sido director del Instituto Diocesano de Teología y Pastoral, coadjutor en Otxarkoaga, arcipreste de Begoña y rector del Seminario diocesano, entre otros cargos; también ha formado parte de los equipos presbiterales de Deusto, El Salvador y ha sido auxiliar de San Antón. Y en las vicarías IV y V continua José Luis Iza (Zeanuri 1950) que anteriormente fue moderador del equipo presbiteral de Ermua y Mallabia; estuvo en los equipos de Erandio, Sondika, Derio y Gernika y fue consiliario del Secretariado de Pastoral de Juventud.

* * *

Dedicación del templo de la parroquia de San José Obrero de Elorrieta

El domingo, 7 de mayo, nuestro Obispo, D. Ricardo Blázquez, presidió la inauguración de la parroquia de San José Obrero de Elorrieta. A la 1 del mediodía, dio comienzo la procesión que, precedida por la Palabra de Dios y compuesta por lectores, presbíteros y el obispo, recorrió, por primera vez, el pasillo central de la nueva iglesia de San José Obrero del barrio de Elorrieta.

* La información de esta Crónica Diocesana está elaborada por la Delegación de MCS.

El Obispo “encomendó” el nuevo templo a la comunidad cristiana de Elorrieta: “así como el edificio –dijo– está en el centro del nuevo barrio, así la Iglesia: abierta y acogedora a todos, señalando con su presencia a nuestro Señor Jesucristo y una vida orientada hacia lo alto; que en esa acogida no nos olvidáramos de los más necesitados de la comunidad: los pobres, los enfermos, los solos..., e indicó, también, que por ser de planta octogonal “teníamos que estar “abiertos a la esperanza” como era el signo distintivo de las iglesias de los primeros siglos”.

Como señal de que la comunidad aceptaba el reto, unos jóvenes de la catequesis ofrecieron: un cuaderno en blanco –ahora se empieza a escribir la vida comunitaria–, un micrófono –quieren expandir el estilo de Jesús por el barrio– y unos globos –quieren ser transmisores de alegría– mientras la “comunidad eclesial” ofrecía el pan y el vino y así futuro y presente de la comunidad cristiana se juntaban en el nuevo altar recién bendecido. Altar que ya recubierto con mantel, flores, vela y –lo más importante– pan y vino se convirtió en el lugar central para la primera misa del nuevo templo. Y así, a la 1 del mediodía del 7 de mayo del 2006 comenzó la historia de la nueva iglesia de san José Obrero de Elorrieta. La iglesia estuvo abarrotada, en la nave, el primer piso y hasta en la calle, con toda la gente del barrio y de los otros barrios de san Ignacio que no quisieron perderse el acontecimiento.

El templo, que ha permanecido dos años cerrado por obras, había sido demolido junto con el antiguo barrio y ahora se ha levantado un edificio de planta nueva, donde se ubicaba el anterior. Forma parte de la Unidad Pastoral de San Ignacio, junto con las parroquias de Juan XXIII y San Ignacio.

* * *

Reinaugurada la iglesia de Santecilla

El pasado 29 de mayo, fue reinaugurada la iglesia de Santa Cecilia, del barrio carranzano de Santecilla, en un acto que contó con la participación de la diputada de cultura, Belén Greaves, el vicario general de la Diócesis, Andoni Gerrikaetxebarria y casi un centenar de personas entre vecinos, miembros de los gremios y el equipo del obispado encargado de esta obra que ha durado cinco años y ha supuesto una inversión de 186.000 euros.

Destacan en esta iglesia del barroco clasicista del siglo XVIII, construida en 15 años por el hijo del pueblo Juan de Prieto, las pinturas de la bóveda, los retablos central y lateral, la recuperación del suelo de arenisca bajo el cual hay una veintena de tumbas que datan, como todo el conjunto, de hace más de 300 años, y la verja monumental.

“La gente de Carranza, comarca hasta hace pocos años olvidada y despreciada, auténtica reserva natural de Bizkaia, está tomando conciencia de los valores que les han dejado sus mayores” ha declarado el párroco Josu López Villalba, que llevaba ya casi un año celebrando en este templo entre las herramientas, útiles y materiales que se estaban empleando en la obra de recuperación. *“Nuestros sudores nos ha costado recuperar toda su belleza, pero ha merecido la pena. Hay que agradecer mucho la ayuda dada por la Diputación, el Obispado, sobre todo a Jose Floren Urutxurtu que ha llevado la obra, al Museo Diocesano, al ayuntamiento del pueblo, a los vecinos y a todos los gremios que han trabajado con mucho interés y dedicación”*.

Entregadas 24.000 firmas recogidas en la campaña "Pobreza cero. Hoy es posible"

Una comisión diocesana entregó el pasado 9 de mayo, en la sede del Partido Socialista, los once libros de condolencias que contienen las más de 24.000 firmas contra la pobreza recogidas durante la campaña "Pobreza cero. Hoy es posible" y destinadas al presidente del gobierno José Luis Rodríguez Zapatero.

Al acto asistieron Patxi López y José Antonio Pastor por parte de los socialistas y Belén Rodero, Begoña Mera, Javier Vitoria, Maite Valdivieso, Miren Babio, Noemí de la Fuente y Marisa Olaetxea por parte de la comisión diocesana integrada por representantes de Cáritas, Misiones, Círculo Solidario, Manos Unidas, Alboan y Pastoral Obrera.

Después de proceder a la lectura del texto que incluyen los libros de condolencias dirigidos al presidente del gobierno y recordar los actos organizados durante esta campaña, los miembros de la comisión se hicieron eco de la Ley de Cooperación Vasca que ahora mismo se está debatiendo y volvieron a solicitar un 0,7% de calidad para la solidaridad internacional.

Patxi López agradeció a la Diócesis de Bilbao que hubiese puesto en marcha esta campaña, dijo que las firmas suponen "24.000 toques de atención", que ellos tienen ahora que estar a la altura de las circunstancias y que se las entregará personalmente al presidente del gobierno, José Luis Rodríguez Zapatero.

* * *

Religiosos y religiosas promueven un grupo de escucha en Bilbao

"Todos necesitamos ser escuchados", ésta es la razón por la que cinco religiosos vizcaínos están impulsando un servicio de escucha y atención para cualquier persona que lo necesite. Cuentan con un local en la calle Iparragirre y han comenzado su andadura este mes de mayo. Este servicio de escucha para personas con algún tipo de problema tendrá carácter gratuito.

Son los propios religiosos, impulsores de la iniciativa, los que van a atender directamente a cuantos acudan al número 24 de la calle Iparragirre solicitando sus servicios, después de haber concertado cita en el teléfono 944667929. Estos cinco religiosos y religiosas, Lali Sardón (Hija de la Caridad), Santi Juárez (Palotino); Ascensión Iribarren (Sagrada Familia), Elena Azofra (Pureza de María) y José María Larru (San Juan de Dios) están disponibles para "llevar a cabo eso que el mundo tanto necesita y tantas personas añoran: ser escuchado". Algunos de ellos son profesionales de la enseñanza, y de la sanidad, y pertenecen a la CONFER (Confederación de Religiosos) de Bizkaia.

El grupo que funcionará, en principio, dos días a la semana, los martes de seis a ocho de la tarde y los jueves desde las diez hasta las doce del mediodía (para cubrir horario de mañana y tarde), es, según sus organizadores, como "un psicólogo gratuito" al que cualquiera que necesite hablar y ser escuchado puede acudir. Iniciativas como ésta han tenido muy buena acogida en lugares como EE UU, Francia, Irlanda o Reino Unido, y es por eso por lo que estos religiosos se han animado a ponerla en práctica en nuestra Diócesis, ya que muchas veces las personas están rodeadas de

gente, pero realmente no tienen quien las escuche. El local de que disponen les ha sido cedido desinteresadamente por los padres Agustinos.

* * *

Tercer encuentro del diaconado en el País Vasco y Navarra

Los días 3 y 4 de junio tuvo lugar en Barria (Álava), el tercer encuentro del diaconado permanente de las diócesis del País Vasco y Navarra. Al encuentro acudieron cerca de cuarenta personas, entre sacerdotes, diáconos, candidatos, aspirantes y esposas de las diócesis de Bilbao, Vitoria y Pamplona. De nuestra diócesis estuvieron presentes los tres sacerdotes de la Comisión Diocesana; nuestro diácono, Gonzalo Eguía Cañón; los dos candidatos y el aspirante, acompañados, todos ellos, por sus familias. En esta ocasión la convocatoria era familiar, permitiéndose de esta forma compartir experiencias y momentos de oración, formación y convivencia.

El texto trabajado por todos fue "Estoy entre vosotros como el que sirve" (Lc 22,27), material preparado por el P. José Ángel Eguiguren, (OFM). El sábado día 3 y tras la acogida se realizó la presentación de la situación actual del diaconado permanente de cada diócesis.

Por la tarde, el trabajo fue más intenso, con la proyección de un vídeo, preparado por Fidel Molina, de la Diócesis de Vitoria, y que será ordenado este mes como diácono, con testimonios de varios matrimonios comprometidos, sobre el servicio desde su vida matrimonial y familiar.

Posteriormente Paloma Pérez y Fernando Aranaz, aspirante de la Diócesis de Pamplona, dieron su testimonio como matrimonio desde el servicio en la Cárcel de Pamplona. Finalmente Daniel Corral, diácono de Vitoria aportó su idea de servicio desde cuatro bases: disponibilidad, acogida, gratuidad y reciprocidad. Los niños participaron en una catequesis sobre la celebración del Espíritu Santo. No faltaron juegos y talleres dirigidos por varias monitoras para los más pequeños de la familia.

La jornada terminó con la celebración de la Eucaristía, presidida por Antonio Vergara, delegado episcopal para el diaconado permanente de la Diócesis de Vitoria. El encuentro de familias de los diáconos permanentes se desarrolló en un clima de hermandad, acogida y apoyo en un lugar privilegiado, en plena naturaleza y donde la celebración de la fiesta de Pentecostés, ayudó a todos a salir reforzados y animados para seguir con sus compromisos de servicio a los más necesitados.

* * *

XXVIII Encuentro de Obispos y Superiores mayores de Euskalerrria

A la sombra de Ignacio de Loyola tuvo lugar el XXVIII encuentro de Obispos y SS MM de Euskalerrria, durante los días 27 y 28 de abril. En este año jubilar jesuítico, al celebrarse los 450 años de la muerte de Ignacio y el V centenario de nacimiento de Francisco de Javier, los pastores diocesanos y los provinciales han tenido ocasión de dialogar sobre la espiritualidad y los retos de la iglesia, hoy.

Estuvieron presentes los cuatro obispos acompañados de algunos de sus vicarios. Los religiosos y religiosas estuvieron representados por sus respectivos provinciales o, en su ausencia, por los delegados permanentes. Las *confers* diocesanas y *Kristau Eskola* también hicieron acto de presencia. De *Confer* Nacional estaba Leonor García, secretaria general.

Las conferencias y las comunicaciones fueron puertas abiertas para un diálogo de la asamblea. Así, Patxi Álvarez, sj. introdujo a los asistentes en la dinámica de acoger el don, impulsar la misión con su exposición. *“Si para aquellos caballeros de Dios la época que les tocó vivir no fue nada fácil, la nuestra tampoco es cómoda; pero no debemos tener miedo al nuevo mundo que está surgiendo”*.

Fue, a continuación, Ricardo Blázquez, obispo de Bilbao, quien ayudó a la asamblea a profundizar la figura de San Francisco de Javier con la charla mensaje de S. F. Javier a nuestras Iglesias ante la nueva evangelización. Fueron interesantes y ricas las comunicaciones del laico Xabier Etxeberria sobre la espiritualidad y misión en el contexto actual y la experiencia personal de Jon Etxezarreta, párroco de Ordizia, de cómo transmitir o vivir la espiritualidad en un contexto de comunidad parroquial.

No faltó el tema de sentir con la Iglesia, según las reglas de S. Ignacio, de Manuel Reus, sj. y la vivencia y testimonio de Marta Jiménez, rscj. desde la realidad de mujer y religiosa. Todo esto creó un diálogo profundo y rico entre los asistentes. Y entre las conclusiones, podemos destacar la necesidad de seguir trabajando en comunión en nuestra Iglesia diocesana, pues la riqueza está en los carismas diferentes de las diversas familias religiosas; y todos, iluminados por el espíritu, sirviendo en comunión.

Elizbarrutiko Barriak*

Kerman López eta Félix Larrondo, lurraldeetako bikario barriak

Elizbarrutian burututako kontsultaren ostean, gotzainak Kerman López eta Félix Larrondo izendatu ditu Enkarterriak (I. eta II.a) eta Uribe (VI.a) bikaritzetako bikario, hurrenez hurren. Honela amaitzen da Anjel Mari Unzueta bikario nagusiaren izendapenagaz hasi zan bikarioen ordezkapenerako prozesua. José Luis Achótegui eta José Luis Iza (III., IV., V. eta VII. Bikaritzak) dira lurraldeetako bikarioen taldeko beste kide biak. Bost urte daroetz karguan eta hor izango dira beste ziklo batez.

Kerman López (Güeñes, 1957) 1984 egin zan abade; HOAC (Ekintza Katolikoko Langile Ermandadea) mugimenduko militante eta kontsiliario izan zan sei urtez, baita seminarioko errektore ere beste hainbeste urtez (1997-2003) eta gaur egun Miribilla parrokoa barriko parrokoa da, datorren hilean hasiko diralarik bertako elizea eraikitzen. Kermanek José María Delclauxen (Bilbao, 1945) lekua hartzen dau. Delclauxek agintaldi bi bete ditu eta, beraz, 1996tik dago karguan. Aurretik Karrantza, Ortuella eta Gallartan egon zan, Meatze Eskualdeko ordezkari izan zan eta hamaika urte emon ebazan misiolari lez Brasilen (Sao Paulo).

Félix Larrondo (Erandio, 1960) lizentziatua da pedagogia eta teologian eta gaur egun parroko Berangon; aurretik hamar urtez egon zan Sopuertan eta Elizbarrutiko Teologia eta pastoraltza Institutuko kide eta Abade Kontseiluko idazkari ere bada.

Bilboko bikaritzetan (III. eta VII.a) José Luis Achótegui (Durango, 1941) jarraitzen dau. Aurretik, besteak beste, Elizbarrutiko Teologia eta Pastoraltza Institutuko zuzendari izan zan, laguntzaile Otxarkoagan, Begoñako artzapezpiku eta Seminarioko errektore; Deusto eta El Salvadorreko abadeen taldeetako kide ere izan da eta San Antoneko laguntzaile. Eta IV. eta V. bikaritzetan Jose Luis Izak (Zeanuri, 1950) jarraituko dau bikario lez. Aurretik Ermua eta Mallabiako abadeen taldeko moderatzaile izan zan; Erandio, Sondika, Derio eta Gernikako taldeetan egon zan eta Gazte Pastoraltzarako Idazkaritzako kontsiliario izan zan.

* * *

Elorrietako San Jose Langilea parrokiaren tenpluaren sagarapena

Maiatzaren 7an, domekaz, On Ricardo Blázquez Gotzaina izan zan buru Elorrietako San Jose Langilea parrokiaren berrestreinatzean. Eguerdiko ordu batean hasi zan, Jaungoikoaren berbea aurrean joiala eta irakurle, abade eta gotzainak osotuta, Elorrieta auzoko S. Jose Langilea eliza barriko erdiko pasilloa lehenengo aldiz zeharkatu eban prozesinoa.

Goztainak Elorrietako kristau alkartearen 'kargu itzi' eban eliza barria: "eraikina –inoan– auzo barriaren bihotzean dagoan lez, bardin Elizea ere: irekia eta atsegina guztiontzat, bere presentziaz balio batzuk eta "gora" begira dagoan bizitza islatuz"... Harrera horretan, alkarteko behartsuenak –pobreak, gaixoak, bakarrik dagozanak...–

* Elizbarrutiko Barriak egitea GKetako Ordezkaritzaren ardurea da.

ez ahazteko eskatu eban eta oinplano oktagonalekoa izatean, hasierako mendeetako elizen ezaugarria gaurkotuz, "itxaropenari zabalik egon behar dogula" ere adierazo eban.

Alkarteak erronka hori bere egiten ebala adierazoteko, katekesiko gazte batzuek honeek eskeini ebezan: koaderno zuriz –une horretatik aurrera hasi ziran alkarte bizitza idazten–, mikrofonoa –Jesusen estiloa zabaldu gura dabe auzoan– eta globoak –poztasuna transmititu gura dabe–. "Eliz alkarteak", bere aldetik, ogia eta ardao eskeini ebazan eta, horrela, kristau alkartearen geroa eta oraina aldare bedeinkatu barrian batu ziran. Mahai-oihalez, lorez, kandelaz eta –batez ere– ogi eta ardoz jantzi-tako aldare honetan ospatu zan tenplu barriko lehenengo eukaristia.

2006.eko maiatzaren 7ko eguerdiko ordu batean, beraz, hasi zan Elorrietako san Jose Langilea eliza barriaren historia. Elizea jentez lepo egon zan eta behealdean, lehenengo solairuan eta kanpoaldean batu ziran auzokideak eta gertakariak erakarrira bertaratu ziran san Inazio beste auzoetakoak.

Lanengaitik bi urtez itxita egon dan eliza hau auzo zaharragaz batera eraitsi eben eta orain, aurrekoa egoan lekuan, oinplano barriko eraikina jaso da. San Inazio Pastoral Barrutian dago, Joan XXIII.a eta San Inazio parrokiekaz batera.

* * *

Santecillako elizea barriro zabalik

Maiatzaren 29an zabaldu zan barriro ere Karrantzako Santecilla auzoko Santa Zezilia elizea. Ekintaldian Belen Greaves kulturako diputatua, Andoni Gerrikaetxebarria Elizbarrutiko bikario nagusia eta beste ehun lagun inguru –auzokoak, gremioetakoak eta lanez arduratu dan gotzaitegiko taldea– izan ziran. Bost urte iraun dabe lanek eta 186.000 euro behar izan dira.

Juan Prieto herriko semeak 15 urtetan eraiki eban XVIII. mendeko barroko klasisistako eliza honetan gangako margoak, erdiko eta aldameneko aldareak, eliza osoak lez, 300 urte baino gehiago dabezan hoge hilobi inguru estaltzen dituan harearizko lurzorua berreskuratzea eta burdinesi monumentala nabarmentzen dira.

"Draintsu arte ahaztuta eta mesprezatuta egon dan eta Bizkaiko benetako natur erreserba dan Karrantza eskualdeko jenteak nagusiek itzi deutsoezan balioez jabetzen dihardu", esan dau urte betez ospakizunak berreskuratze lanetan erabili izan dabezan tresna eta materialez inguratuta egin dituan Josu López Villalba parrokoak. "Izerdi franko bota dogu elizaren edertasuna berreskuratzeke, baina merezi izan dau. Eskerrak emon behar jakoz Aldundiari, Gotzaitegiari –batez ere obren ardurea izan dauan Jose Floren Urutxurturi–, Eleiz Museoari, herriko udalari, auzotarrei eta arreta eta prestasun haundiz jardun izan daben behargin guztiei".

* * *

“Pobreziaren hondamena. Gaurko ekimena” kanpainen batutako 24.000 sinadurak entregatu dira

Elizbarrutiko batzorde batek eskura emon eutsezan maiatzaren 9an Euskadiko sozialisten buruzagiei euren egoitzan “Pobreza cero. Hoy es posible / Pobreziaren hondamena, gaurko ekimena” kanpainen pobreziaren aurka batutako 24.000 sinadurak jasotzen dabezan hamaika liburua. Sinadura eta dolumina horreek José Luis Rodríguez Zapaterori zuzenduta dagoz.

Patxi López eta José Antonio Pastor sozialistak izan ziran ekitaldian eta baita Belén Rodero, Begoña Mera, Javier Vitoria, Maite Valdivieso, Miren Babio, Noemí de la Fuente eta Marisa Olaetxea Caritas, Misinoak, Zirkulu Solidarioa, Esku Elkartuak, Alboan eta Langile Pastoraltza erakundeetako ordezkariez osotutako elizbarrutiko batzordetik.

Gobernuko presidenteari zuzendutako doluminen liburuetan jasotzen dan testua irakurri eta aitaturako kanpainen antolatutako ekitaldiak gogoratu ondoren, batzordeko kideek egunotan eztabaidatzen diharduen Lankidetzarako Euskal Legea aitatu eta nazioarteko alkartasunerako kalitatezko %0,7a eskatu eben barrero ere.

Patxi Lópezek eskerrak emon eutsozan Bilboko Elizbarrutiari kanpaina hau martxan jarri izanagaitik eta sinadurak “24.000 oharpen” dirala, eurek behar dan moduan egoten jakin behar dabela eta berak eskura emongo deutzozala José Luis Rodríguez Zapatero gobernuko presidenteari.

* * *

Lekaide eta lekaimeek entzute taldea sustatu dabe Bilbon

“Ezinbestekoa dogu entzunak izatea”, hauxe da bost erlijioso bizkaitarrak behar daben guztiei entzun eta arretea emoteko zerbitzua bultzatzera eroan dituan arrazoia. Iparragirre kalean lokala dabe eta hilabete honetan hasiko dira martxan. Arazoren bat daben pertsoneri entzuteko zerbitzu hau doakoa izango da.

Ekimen hau bultzatu daben erlijiosoek eurek eskeiniko deutse arretea, aldez aurretik 944667929 telefonoan hitzordua jarri ondoren, Iparragirre kaleko 24. zenbakiko lokalera doazenei. Bost lekaime eta lekaide honeek, Lali Sardón (Karitatearen Alaba), Santi Juárez (Palotinoa), Ascensión Iribarren (Familia Santua), Elena Azofra (Mariaren Araztasuna) eta José María Larru (San Juan de Dios) euren prestasuna erakutsi dabe, “munduak hainbeste behar dauan eta makina bat pertsonak irrikatzen dauana –entzun deioela– gauzatzeko”. Horreetako batzuk irakaskuntza eta osasuneko profesionalak dira eta Bizkaiko CONFEReko (Erljiosoen Konfederazioa) kide.

Hasiera batean astean bitan, martitzenez arratsaldeko seietatik zortzietara eta egunez goizeko hamarretatik eguerdiko hamabiak arte (goizeko eta arratsaldeko ordutegia betetzeko), jardungo dauan taldea “doako psikologoaren” antzekoa da, antolatzaileen arabera, eta berba egin eta entzuna izatea behar dauan guztiak jo daike bertara. Honako ekimene harrera ona izan dabe, esate baterako, EE BB.etan, Frantzia, Irlandan edo Erresuma Batuan eta hori ikusita jarri dabe martxan gure elizbarrutian, askotan pertsonak jentez inguratuta egoten diralako, baina ez deutzelako inork entzuten. Aita agustindarrek eskeini deutse lokala musu truk.

Euskal Herriko eta Nafarroako diakonotzaren hirugarren topaketea

Ekainaren 3 eta 4an Euskal Herriko eta Nafarroako diakonotza iraunkorraren hirugarren topaketea egin zan Barrian (Araba). Bilbao, Gasteiz eta Iruñako berrogei lagun inguru batu ziran. Bizkaiko elizbarrutiari dagokionez, Elizbarrutiko Batzordeko hiru abadeak, Gonzalo Eguía Cañón gure diakonoa, hautagai biak eta diakonogaia izan ziran, euren familiekin batera. Aukera honetan, familia osoari egin jakon deialdia eta horrela esperientziak eta otoitzaldiak, heziketea eta bizikidetzak konpartitzeko aukerea izan eben.

“Hemen, ba: ni zuen artean morroi lez dihardut” (Lk 22, 27) testua landu eben, A. José Anjel Egigurenek (OFM) prestatutako lagungarrien bidez. Zapatuan, hilak 3, harrerea egin zan eta, ondoren, diakonotza iraunkorraren elizbarruti bakoitzeko egocera aztertu zan.

Arratsaldean, hilabete honetan diakono ordenatuko dan Gasteizko Elizbarrutiko Fidel Molinak prestatutako bideoa ikusi eben, senar-emazte konprometitu batzuek euren ezkontza eta familia bizitzatik eskeintzen daben zerbitzuaren inguruko testigantzagaz.

Beranduago, Paloma Pérez eta Fernando Aranaz Iruñako Elizbarrutiko diakonogaiak senar-emazte lez Iruñako kartzelan egiten diharduen lanaren barri emon eben. Azkenik, Daniel Corral Gasteizko diakonoak lau oinarri jarri ebazan zerbitzuaren ezauzarri lez: prestasuna, harrerea, doakotasuna eta alkarrekikotasuna. Umeei Espiritu Santuaren ospakizunari buruzko katekesian parte hartu eben. Monitore batzuek zuzendutako joko eta tailerrak ere izan ziran familiako txikienentzat.

Amaitzeko Eukaristia ospatu zan Antonio Vergara diakonotza iraunkorrerako Gasteizko Elizbarrutiko gotzain ordezkaria buru zala. Diakono iraunkorren familien topaketan senidetasuna, harrerea eta laguntasuna nagusitu ziran. Inguru paregabean ospatutako Mendekoste jaian, Espirituak sendotuta eta suspertuta atara ziran, behar-tsuenen aldeko konpromisoetan aurrera egiteko.

* * *

Euskal Herriko Gotzainen eta Probintziburuen XXVIII. topaketea

Loiolako Inazioaren itzalpean ospatu zan Euskal Herriko Gotzainen eta Nagusien XXVIII. Topaketea apirilaren 27 eta 28an. Inazioaren heriotzaren 450. urteurrena eta Xabierko Frantziskoren jaiotzaren V. mendeurrena dirala-ta, jesuitek euren urte santua ospatzen diharduen honetan, elizbarrutietako artzainek eta probintzialespirtueltasunaren eta Elizeak gaur dituan erronken inguruan jarduteko aukerea izan dabe.

Lau gotzainak eta euron bikario batzuk izan ziran batzarrean. Probintzialespirtueltasunaren edo, honeen lekuan, ordezkari iraunkorrek ordezkatu ebazan lekaide eta lekaimeak. Elizbarrutietako *conferak* eta *Kristau Eskola* deritzana ere azaldu ziran. Leonor García idazkari nagusia egon zan *Confer* Nazionaletik.

Konferentzia eta berbaldiak solasaldia biztu eben batzarrean. Patxi Alvarezek, sj., dohaina jasotzea eta misinora bultzatzea izan ebazan aztergai. “*Jaungoikoaren zaldun hareentzat bizitzea egokitu jaken sasoia ez bazan batere erreza izan, geurea*

ere ez da eroso; baina ez deusagu bildurrik izan behar sortzen ari dan mundu bariari”.

Ricardo Blázquez Bilboko gotzainak lagundu eutsen gero partehartzaileei Xabierko San Frantziskoren irudian sakontzen, Xabierko San Frantziskoren mezua gure Elizei ebanjelizatze barriaren aurrean gaia jorratuz. Interesgarri eta aberasgarriak izan ziran Xabier Etxebarria laikoaren gogoetan gaur egungo espiritueltasun eta misioari buruz eta Jon Etxezarreta Ordiziako parrokoaren esperientzia pertsonala parroki alkarte batean espiritueltasuna transmititzeari edo bizitzeari buruz.

S. Inazioaren arauen arabera, Elizagaz sentitzearen gaia ere landu zan Manuel Reusen, sj., eskutik eta Marta Jiménezen, rscj., bizipen eta testigatnzea, emakume eta moja izatetik. Guzti horrek alkarrizketa sakon eta aberatsa biztu eban. Eta, besteak beste, ondorio honeek atara daiteke topaketatik: Elizbarrutian batasunean jardutea ezinbestekoa dala, aberastasuna familia erlijioso desbardinaren era askotako karismetan dagoalako; eta danok, espirituak argituta, batasunean zerbitzari izanez.

IGLESIA. ESPAÑA. ELEIZEA

Documentos. Agiriak

Mensaje de los Obispos de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social (CEMCS) (28 de mayo de 2006)

«El valor de comunicar la verdad»

1. La celebración de la Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales fue instituida por el Concilio Vaticano II (cf. *Inter mirifica*, 18) para concienciar a los fieles sobre la importancia que los medios de comunicación tienen para la misión de la Iglesia y su destacada influencia en las personas y comunidades.

Constituye también una oportunidad para agradecer a los medios y a sus profesionales el servicio que prestan al libre y democrático ejercicio de la vida ciudadana, la cual no se puede construir al margen de Dios y de los valores trascendentes, por lo que a la vez les pedimos tengan en cuenta, a la hora de reflejar la realidad, estas dimensiones sin las cuales no sería completo y veraz su tratamiento informativo.

2. A eso se añade la necesidad que la propia Iglesia tiene de una adecuada información religiosa y de medios de comunicación en los que, además de mostrar de forma coherente la doctrina del Evangelio, se refleje la variada vida de la comunidad cristiana. Vaya pues por delante, igualmente nuestra gratitud y reconocimiento a cuantos hacen posible que los medios encuentren un adecuado lugar en la Iglesia, ya sea trabajando directamente en el campo de la información religiosa en prensa, radio, televisión e internet, o bien en la pastoral de las comunicaciones sociales, especialmente en las delegaciones diocesanas de medios. Con ellos se sirve notablemente a la comunión y a la participación eclesial.

Medios para la cohesión social

3. Precisamente para fomentar el papel y la responsabilidad de los medios de comunicación como instrumentos de cohesión social, el Papa Benedicto XVI ha elegido como lema para la Jornada de las Comunicaciones Sociales de este año el de “Los medios: red de comunicación, comunión y cooperación”.

Este compromiso operativo se nos muestra más urgente cuando la fragmentación y hasta la fractura van ganando terreno en la vida personal y en el marco social, dificultando la necesaria serenidad y la convivencia armónica. Por esto mismo resulta muy oportuna y provechosa la llamada del Papa cuando afirma que “los medios de comunicación deben aprovechar y ejercer las grandes oportunidades que les brinda la promoción del diálogo, el intercambio de conocimientos, la expresión de solidaridad y los vín-

culos de la paz. De esta manera ellos se transforman en recursos incisivos y apreciados para la construcción de la civilización del amor que toda persona anhela” (n. 4).

4. Especialmente útil es esta contribución de los medios en nuestro país donde hemos de seguir trabajando por una mayor cohesión social y unidad de los ciudadanos, sabiendo que ello exige necesariamente tanto la opción por la verdad, mostrada con caridad (cf. *ICo* 13,1-3; *Col* 4,6; *Ef* 4, 25.29), como por los valores que sustentan la dignidad de la naturaleza humana, y que tienen en Jesucristo, el Verbo Encarnado, el verdadero modelo de referencia y plenitud (cf. Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 22). A conseguir esto han de ayudar los medios y los comunicadores que, en virtud de su adhesión a la verdad, ejerciten serena y pacificadamente el quehacer informativo.

La verdad del hombre

5. Los avances tecnológicos facilitan una comunicación instantánea y directa que puede favorecer el bien común de la sociedad. Sin embargo, esta inmediatez de la comunicación moderna no se traduce, en muchas ocasiones, en una mayor cooperación entre los pueblos y en una más profunda comunión entre las personas. Así lo confirman la persistencia entre nosotros de grandes diferencias sociales e incluso la ausencia en la conciencia de la opinión pública de los problemas de las zonas más pobres y deprimidas del planeta. ¿Cuándo aparece, por ejemplo, África en los medios?, o ¿cuál de estos medios nos habla con profundidad y extensión de las causas que obligan a tantas personas a salir de sus países y buscar mejores condiciones de vida en Europa arriesgando sus vidas?, ¿por qué se debilita este sentido social de la comunicación, inherente a su verdadera naturaleza y en cambio se prima el puro interés económico y consumista o el entretenimiento superficial? Sencillamente porque iluminar las conciencias, formar opinión y crear pensamiento nunca es una tarea neutral.

Para que haya una comunicación verdadera en las actuales circunstancias de pensamiento único, de manipulación del lenguaje y de relativismo gnoseológico y moral, se requieren principios, valentía y decisión (cf. Benedicto XVI, *Discurso a la plenaria del Consejo Pontificio de las Comunicaciones Sociales*, Roma 17/3/2006). En este nuevo siglo, el periodismo se enfrenta a desafíos nunca imaginados, porque los comunicadores sociales se han convertido “en oscuro objeto del deseo” de los grupos de presión, especialmente de los gobernantes. De ahí que el periodismo necesita hoy volver a razonar sobre los principios y fundamentos del oficio, ya que una comunicación sin trampas requiere superar las cortapisas ideológicas, económicas y políticas que a veces dificultan la auténtica información. Es ineludible, por tanto, fomentar entre los periodistas y demás comunicadores la conciencia responsable de que son servidores de la verdad y promotores de la paz.

Apostar por los valores éticos

6. Para lograrlo, animamos, con respeto y humildad, a cuantos trabajan en los medios, ya sean de titularidad eclesial o civil, a un verdadero *rearme ético*, tomando pie de las palabras del recordado Juan Pablo II cuando invitaba a los periodistas a que concibiesen su trabajo como una tarea en cierto sentido «sagrada», ejercida con la conciencia de que “se les confían los poderosos medios de comunicación para el bien de todos, en

particular para el de las capas más débiles de la sociedad... No se puede escribir o emitir sólo en función del índice de audiencia, a despecho de servicios verdaderamente formativos. Ni tampoco se puede recurrir al derecho indiscriminado de información, sin tener en cuenta los demás derechos de la persona” (*Discurso en el Jubileo de los Periodistas*, 5/6/2000).

Una verdadera comunicación humana sólo es posible mediante el diálogo y el intercambio de conocimientos, a fin de construir entre todos una sociedad más justa y solidaria (cf. Juan Pablo II, Carta Apostólica *El rápido desarrollo*, Roma 2005, n. 11), donde la comunicación esté basada en la objetividad de las noticias, se faciliten los máximos datos de los hechos de interés público, sean respetados los diversos puntos de vista, se apoye a la familia y se defiendan los grandes valores de la dignidad de la persona humana.

7. Todo esto no es sólo obra de los periodistas, sino también del público en general. Las exigencias éticas en el campo de la comunicación no son únicamente para las entidades públicas, sino también para las empresas privadas. La conquista de una información veraz ha de ser empeño común de creyentes y no creyentes, aunque los medios confesionales ciertamente tendrían que estar en la delantera del compromiso por la verdad y en la denuncia de la falsedad, en especial, como dice Benedicto XVI, “de aquellas tendencias perniciosas que corroen el tejido de una sociedad civil y de la persona” (cf. *Discurso a la plenaria del Consejo Pontificio de las Comunicaciones Sociales*, Roma 17/3/2006).

8. En ese horizonte de esperanza, ofrecemos a los que trabajan en los medios nuestro apoyo y disponibilidad, a fin de que juntos podamos comunicar con valentía la verdad y construir en nuestro país una comunicación verdaderamente humana en la que, ciertamente, hay muchas más cosas que nos unen que las que nos separan.

Y como prueba de afecto y señal de amistad, os aseguramos nuestra oración y bendición,

† Juan del Río
Obispo de Asidonia-Jerez y Presidente

† Antonio Montero
Arzobispo emérito de Mérida-Badajoz

† José H. Gómez
Obispo de Lugo

† Joan Piris
Obispo de Menorca

† Joan Carrera
Obispo auxiliar de Barcelona

† Raúl Berzosa
Obispo auxiliar de Oviedo

Mensaje de los Obispos de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar para el Día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar (Solemnidad de Pentecostés, 4 de junio de 2006)

«Enviados para evangelizar»

El lema elegido este año para la celebración del día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar trae a nuestra memoria dos aspectos básicos y fundamentales de la identidad de la Iglesia y de la vida cristiana: somos enviados a evangelizar. Los cristianos, injertados en Cristo e incorporados a la Iglesia en virtud del sacramento del bautismo, recibimos el don del Espíritu Santo, que nos ayuda a vencer el miedo y nos impulsa a salir hasta los confines de la tierra para proclamar la Buena Noticia de la salvación de Dios. Como los apóstoles de Jesús, también nosotros, inundados del gozo y alegría del Resucitado, estamos convocados en esta hora de la historia para decir al mundo que el Señor vive y que es el único salvador de los hombres.

Los últimos Papas, recogiendo las ricas enseñanzas del Concilio Vaticano II, han invitado insistentemente a todos los católicos a renovar la identidad cristiana y a actuar consecuentemente con la misión confiada por el Señor. En este sentido, Pablo VI presentaba la evangelización como la dicha de la Iglesia y como su identidad más profunda. La Iglesia existe para evangelizar. Juan Pablo II, desde los primeros momentos de su pontificado, convocó a toda la Iglesia a emprender una nueva evangelización con nuevo ardor, con nuevos métodos y con nuevas expresiones. Benedicto XVI, nos invita a “no anteponer nada al amor de Jesucristo”, como centro de nuestra vida y como fundamento de la misión evangelizadora de la Iglesia.

Cuando nos paramos a contemplar la realidad eclesial y la fuerza evangelizadora de nuestras comunidades cristianas, nos encontramos con muchos creyentes que profesan una adhesión inquebrantable a Jesucristo y a su Iglesia, que viven gozosamente su fe en las celebraciones sacramentales y que son testigos del amor de Dios en las relaciones familiares y sociales. Pero, también nos encontramos con bastantes bautizados que, con muy buena voluntad y con sana intención, se han convertido en el centro de la acción evangelizadora. Éstos contemplan la vida, la actividad pastoral y la realidad con sus propios ojos y desde sus propios criterios. Por alguna extraña razón son incapaces de contemplar la existencia personal y la de los hermanos con los ojos de Dios. En el extremo opuesto, también podemos descubrir a otros cristianos que viven desanimados y desilusionados ante la falta de frutos pastorales y ante el progreso constante de la indiferencia religiosa. Cerrados sobre sí mismos, viven un conformismo evangelizador, esperando que cambie la realidad y asumiendo inconscientemente que no es posible hacer nada ante las dificultades reales o imaginarias para el anuncio del Evangelio. En estos momentos, muchos cristianos viven sumidos en un gran confusionismo doctrinal y vivencial; afirman creer en Jesucristo, pero esta fe no se traduce después en unas prácticas religiosas ni en unos comportamientos consecuentes con el seguimiento de Jesucristo y con sus enseñanzas.

Estos grupos de cristianos, tanto los que quieren hacerlo todo desde sí mismos como los que consideran que no se puede hacer nada en la transmisión de la fe, han perdido de vista que un cristiano no actúa nunca en nombre propio, sino en nombre de Cristo y como miembro de la Iglesia. Con su activismo incontrolado, con su tristeza

ante la vida y con su cerrazón en los propios criterios están poniendo en evidencia que en su vida y en su actividad apostólica se ha producido un corte profundo en la relación de cercanía y de intimidad con quien les envía en misión. Las prisas y la seguridad en su forma de ver la realidad les impide ponerse ante el Señor para escuchar su voz y para descubrir lo que Él quiere y espera de ellos. Podríamos decir que estos cristianos han olvidado que el Señor, antes de enviar a sus discípulos en misión hasta los confines de la tierra, los llamó para estar con Él y para ayudarles a descubrir los secretos del Reino. Al acoger a Cristo, como el Mesías y Señor, estarán capacitados para dar testimonio y para decir a otros lo que ellos han visto y oído.

Para poder evangelizar ahora, como en los primeros momentos de la Iglesia, es necesario que todos estemos convencidos de que, antes de hacer proyectos o fijar objetivos pastorales, hemos de escuchar y acoger las llamadas e invitaciones del Señor, desde una actitud contemplativa. No será posible evangelizar sin un conocimiento profundo e interno de Jesucristo, sin hacer nuestros sus sentimientos, actitudes y comportamientos. Nunca ha sido posible evangelizar sin dejarse evangelizar. No se puede anunciar ni dar testimonio de Jesucristo, como el gran tesoro o como la perla preciosa, si los evangelizadores no lo hemos descubierto previamente desde una actitud de sincera conversión y adhesión a su persona.

En íntima conexión con esta centralidad de Jesucristo, en la vida y en la actuación de los evangelizadores debe estar siempre presente el amor a la Iglesia, a la Iglesia concreta, con sus pecados, que son los nuestros, pero también con sus grandes virtudes y valores. Ante quienes desean una Iglesia silenciosa, callada, escondida en las sacristías, debemos mostrar una Iglesia humilde, valiente, fiel al encargo recibido del Señor y presente en la vida pública porque ella tiene la responsabilidad de mostrar a la humanidad el rostro sufriente y glorioso de Jesucristo para que cada ser humano pueda acogerlo en su mente y en su corazón desde la total libertad. Los auténticos creyentes no pueden olvidar nunca que no será posible amar a Cristo, si no se ama a la Iglesia, y tampoco será posible amar a la Iglesia, si no se ama entrañablemente a Jesucristo. En medio de un mundo confuso, desesperanzado y angustiado por multitud de problemas y sufrimientos, la Iglesia debe ofrecer a Jesucristo como camino, verdad y vida, como fundamento y meta de la existencia humana. Todos los bautizados, a imitación de Pablo, no podemos avergonzarnos del evangelio, puesto que es la fuerza de Dios para todo el que cree y porque en él se revela la justicia de Dios (Rm 1,16-17).

En la fiesta de Pentecostés, la Iglesia, al tiempo que celebra la venida del Espíritu Santo sobre los apóstoles reunidos con María en el cenáculo, se prepara también en actitud de profunda oración para acogerle en este momento de la historia. El mismo Espíritu, que acompañó los primeros pasos de la Iglesia, es también el que actúa constantemente en el mundo y en nuestros corazones para recordarnos lo que Jesús nos ha enseñado, para animarnos a superar los miedos y a dar testimonio público de Jesucristo, afrontando las amenazas, los desprecios y las calumnias. En ocasiones, ¿no estamos perdiendo de vista que el Espíritu Santo es el agente principal de la evangelización?, ¿no habremos olvidado que el Espíritu Santo precede, acompaña y culmina siempre la misión evangelizadora de la Iglesia? Siempre es el Espíritu el que nos impulsa a dar testimonio de Jesucristo y el que prepara el corazón de cada hermano antes de que nosotros lleguemos a él con el anuncio de la Buena Noticia. Conscientes de esto, no podemos llamar evangelización a cualquier actividad o compromiso sociopolítico pues, co-

mo nos recuerda el Papa Pablo VI, “no hay verdadera evangelización mientras no se anuncie el nombre, la persona y el mensaje de Jesús de Nazaret”.

Por otra parte, hemos de ser conscientes de que la evangelización debemos llevarla a cabo con la palabra pero, sobre todo, con el testimonio de una vida santa. La santidad es la primera invitación que el Señor nos dirige a todos. Los hombres y mujeres de hoy viven saturados de palabras y esperan testigos. No sólo necesitan que los evangelizadores les hablen de Cristo sino que se lo muestren con las obras. En este sentido, el Papa Juan Pablo II nos recordaba que la evangelización no era tanto una cuestión de “hacer” cosas sino de “ser” personas auténticamente creyentes. En ocasiones, muchos entienden la evangelización únicamente como un compromiso en la transformación del mundo. Olvidan que este compromiso sólo será evangelizador si parte del encuentro personal con Jesucristo, de la conciencia de misión y del amor a los hermanos. La evangelización es siempre un don, un encargo, un mandato confiado por el Señor y por la Iglesia a todos los bautizados. Por eso no debemos olvidar las palabras de Jesús, cuando nos recuerda que “sin Él no podemos hacer nada”. Tampoco podemos pasar por alto aquella enseñanza de Pablo, cuando dice que ni el que planta, ni el que riega es importante, sino el que da el incremento y hace que la semilla produzca fruto abundante. Si no tenemos esto presente constantemente estaremos haciendo cosas, realizando proyectos, proponiendo planes, pero no estaremos evangelizando.

En la fiesta de Pentecostés, día de la Acción Católica y del Apostolado Seglar, los Obispos de la CEAS queremos agradecer a Dios el testimonio de fe y de amor a la Iglesia de tantos cristianos laicos, que están siendo con su vida entregada y con su palabra evangélica luces brillantes en medio de la oscuridad y las tinieblas del mundo. Al mismo tiempo queremos invitaros a todos a continuar poniendo vuestra confianza en Jesucristo, el único Salvador. Esta firme convicción debe llevarnos a todos a superar el miedo o el cansancio para presentar el evangelio con valentía, sin reducir las exigencias del mismo y sin concesiones a los convencionalismos del momento. Debemos estar profundamente convencidos de que el anuncio de la Buena Noticia es el mejor regalo para los hombres y mujeres de hoy y este ofrecimiento solamente la Iglesia puede hacerlo. Muchos hermanos nuestros, aunque no lo manifiesten públicamente, tienen necesidad del amor, de la misericordia y de la salvación de Dios, concretados en la persona de Jesucristo. Sólo así podrán vivir con esperanza y sólo, de este modo, encontrarán el sentido pleno de su existencia. El que confía en Dios sabe que todo depende de su infinita bondad y de su gracia. Por ello se siente pequeño y limitado. Pero, al mismo tiempo y a pesar de las dificultades para el anuncio del evangelio, al escuchar la llamada del Señor, se siente instrumento útil en las manos del Padre para llevar a los hermanos con ilusión renovada y con gozosa alegría los dones y la salvación de Dios que ellos necesitan.

COMISIÓN EPISCOPAL DE APOSTOLADO SEGLAR

IGLESIA. ROMA. ELEIZEA

Documentos. Agiriak

Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI para la XLIII Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones (7 de mayo – IV Domingo de Pascua)

Venerados hermanos en el episcopado;
queridos hermanos y hermanas:

La celebración de la próxima Jornada mundial de oración por las vocaciones me brinda la ocasión para invitar a todo el pueblo de Dios a reflexionar sobre el tema de “La vocación en el misterio de la Iglesia”. El apóstol san Pablo escribe: “Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo (...). En él nos ha elegido antes de la creación del mundo, (...) predestinándonos a ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo” (*Ef* 1,3-5). Antes de la creación del mundo, antes de nuestra venida a la existencia, el Padre celestial nos eligió personalmente, para llamarnos a entablar una relación filial con él, por medio de Jesús, Verbo encarnado, bajo la guía del Espíritu Santo. Muriendo por nosotros, Jesús nos introdujo en el misterio del amor del Padre, amor que lo envuelve totalmente y que nos ofrece a todos. De este modo, unidos a Jesús, que es la Cabeza, formamos un solo cuerpo, la Iglesia.

El peso de dos milenios de historia hace difícil percibir la novedad del misterio fascinante de la adopción divina, que está en el centro de la enseñanza de san Pablo. El Padre, recuerda el Apóstol, “nos dio a conocer el misterio de su voluntad según el benévolo designio (...) de hacer que todo tenga a Cristo por Cabeza” (*Ef* 1,9-10). Y añade con entusiasmo: “Sabemos que en todas las cosas interviene Dios para bien de los que le aman; de aquéllos que han sido llamados según su designio. Pues a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera él el primogénito entre muchos hermanos” (*Rm* 8,28-29).

La perspectiva es realmente fascinante: estamos llamados a vivir como hermanos y hermanas en Jesús, a sentirnos hijos e hijas del mismo Padre. Es un don que cambia radicalmente toda idea y todo proyecto exclusivamente humanos. La confesión de la verdadera fe abre de par en par las mentes y los corazones al misterio inagotable de Dios, que impregna la existencia humana. ¿Qué decir, entonces, de la tentación, tan fuerte en nuestros días, de sentirnos autosuficientes hasta tal punto de cerrarnos al misterioso plan de Dios sobre nosotros? El amor del Padre, que se revela en la persona de Cristo, nos interpela.

Para responder a la llamada de Dios y ponerse en camino no es necesario ser ya perfectos. Sabemos que la conciencia de su pecado permitió al hijo pródigo emprender el camino de regreso y experimentar así la alegría de la reconciliación con el Padre. Las fragilidades y los límites humanos no constituyen un obstáculo, con tal de que nos ayuden a tomar cada vez mayor conciencia de que necesitamos la gracia redentora de Cris-

to. Ésta es la experiencia de san Pablo, que afirmaba: “Con sumo gusto seguiré gloriándome en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo” (2 Co 12,9).

En el misterio de la Iglesia, Cuerpo místico de Cristo, la fuerza divina del amor cambia el corazón del hombre, capacitándolo para comunicar el amor de Dios a los hermanos. A lo largo de los siglos numerosos hombres y mujeres, transformados por el amor divino, han consagrado su vida a la causa del Reino. Ya a orillas del mar de Galilea muchos se dejaron conquistar por Jesús: buscaban la curación del cuerpo y del espíritu, y fueron tocados por la fuerza de su gracia. Otros fueron elegidos personalmente por él y se convirtieron en sus apóstoles. Encontramos también a personas, como María Magdalena y otras mujeres, que lo siguieron por su propia iniciativa, solamente por amor, pero, al igual que el discípulo Juan, también ellas ocuparon un lugar especial en su corazón.

Esos hombres y mujeres, que conocieron a través de Cristo el misterio de amor del Padre, representan la multiplicidad de las vocaciones que desde siempre están presentes en la Iglesia. El modelo de quienes están llamados a testimoniar de manera especial el amor de Dios es María, la Madre de Jesús, asociada directamente, en su peregrinación de fe, al misterio de la Encarnación y de la Redención.

En Cristo, Cabeza de la Iglesia, que es su Cuerpo, todos los cristianos forman el “linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para anunciar sus alabanzas” (1 P 2,9). La Iglesia es santa, aunque sus miembros necesitan purificarse para lograr que la santidad, don de Dios, resplandezca plenamente en ellos.

El concilio Vaticano II pone de relieve la llamada universal a la santidad, afirmando que “los seguidores de Cristo han sido llamados por Dios y justificados en el Señor Jesús, no por sus propios méritos, sino por su designio de gracia. El bautismo y la fe los ha hecho verdaderamente hijos de Dios, participan de la naturaleza divina y son, por tanto, realmente santos” (*Lumen gentium*, 40).

En el marco de esta llamada universal, Cristo, Sumo Sacerdote, en su solicitud por la Iglesia llama también, en cada generación, a personas que cuiden de su pueblo; en particular, llama al ministerio sacerdotal a hombres que desempeñen una función paterna, cuyo manantial está en la paternidad misma de Dios (cf. Ef 3,15). La misión del sacerdote en la Iglesia es insustituible.

Por tanto, aunque en algunas regiones exista escasez de clero, es necesario tener siempre la certeza de que Cristo sigue suscitando hombres que, como los Apóstoles, abandonando cualquier otra ocupación, se dediquen totalmente a la celebración de los misterios sagrados, al anuncio del Evangelio y al ministerio pastoral.

En la exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*, mi venerado predecesor Juan Pablo II escribió al respecto: «La relación del sacerdote con Jesucristo, y en él con su Iglesia, en virtud de la unción sacramental se sitúa en el *ser* y en el *obrar* del sacerdote, o sea, en su misión o ministerio. En particular, “el sacerdote ministro es servidor de Cristo, presente en la *Iglesia misterio, comunión y misión*. Por el hecho de participar en la *unción* y en la *misión* de Cristo, puede prolongar en la Iglesia su oración, su palabra, su sacrificio, su acción salvífica. Así es *servidor de la Iglesia misterio*, porque realiza los signos eclesiales y sacramentales de la presencia de Cristo resucitado”» (n. 16).

Otra vocación especial, que ocupa un lugar de honor en la Iglesia, es la llamada a la vida consagrada. A ejemplo de María de Betania, que, “sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra” (*Lc* 10,39), muchos hombres y mujeres se consagran a un seguimiento total y exclusivo de Cristo. Aun prestando diversos servicios en el campo de la formación humana y de la solicitud por los pobres, en la enseñanza o en la asistencia a los enfermos, no consideran estas actividades como el objetivo principal de su vida, pues, como subraya bien el *Código de derecho canónico*, “la contemplación de las cosas divinas y la unión asidua con Dios en la oración debe ser primer y principal deber de todos los religiosos” (can. 663,1).

En la exhortación apostólica *Vita consecrata*, Juan Pablo II afirmó: “En la tradición de la Iglesia la profesión religiosa es considerada como una singular y fecunda profundización de la consagración bautismal en cuanto que, por su medio, la íntima unión con Cristo, ya inaugurada con el bautismo, se desarrolla en el don de una configuración más plenamente expresada y realizada, mediante la profesión de los consejos evangélicos” (n. 30).

Recordando la recomendación de Jesús: “La mies es mucha y los obreros pocos. Rogad, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies” (*Mt* 9,37), sentimos vivamente la necesidad de orar por las vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. No sorprende que, donde se ora con fervor, florezcan las vocaciones. La santidad de la Iglesia depende esencialmente de la unión con Cristo y de la apertura al misterio de la gracia que obra en el corazón de los creyentes. Por eso quisiera invitar a todos los fieles a cultivar una íntima relación con Cristo, Maestro y Pastor de su pueblo, imitando a María, que guardaba en el corazón los misterios divinos y los meditaba asiduamente (cf. *Lc* 2,19). En unión con ella, que ocupa un lugar central en el misterio de la Iglesia, oremos:

Oh Padre, haz surgir entre los cristianos
numerosas y santas vocaciones al sacerdocio,
que mantengan viva la fe
y conserven el grato recuerdo de tu Hijo Jesús
mediante la predicación de su palabra
y la administración de los sacramentos,
con los que renuevas continuamente a tus fieles.

Danos ministros santos de tu altar,
que sean custodios
atentos y fervorosos de la Eucaristía,
sacramento del don supremo de Cristo
para la redención del mundo.

Llama a ministros de tu misericordia, que,
mediante el sacramento de la Reconciliación,
difundan la alegría de tu perdón.

Haz, oh Padre, que la Iglesia acoja con alegría
las numerosas inspiraciones
del Espíritu de tu Hijo
y, dócil a sus enseñanzas,

promueva las vocaciones
al ministerio sacerdotal
y a la vida consagrada.

Sostén a los obispos, a los sacerdotes,
a los diáconos, a los consagrados
y a todos los bautizados en Cristo,
para que cumplan fielmente su misión
al servicio del Evangelio.

Te lo pedimos por Cristo, nuestro Señor. Amén.

María, Reina de los Apóstoles,
¡ruega por nosotros!

Vaticano, 5 de marzo de 2006

Benedicto XVI: «Los desafíos de la familia»**Discurso a la asamblea plenaria del Consejo Pontificio para la Familia**

Señores cardenales,
venerados hermanos en el episcopado y en el presbiterado,
queridos hermanos y hermanas:

Para mí es motivo de alegría el encontrarme con vosotros al final de la sesión plenaria del Consejo Pontificio para la Familia, que celebra en estos días sus 25 años, creado por mi venerado predecesor Juan Pablo II el 9 de mayo de 1981. Os dirijo a cada uno de vosotros mi cordial saludo, en particular al cardenal Alfonso López Trujillo, a quien doy las gracias por haberse hecho intérprete de los sentimientos comunes.

Vuestra reunión os ha dado la oportunidad de examinar los desafíos y proyectos pastorales relacionados con la familia, considerada con razón como iglesia doméstica y santuario de la vida. Se trata de un amplio campo apostólico, complejo y delicado, al que dedicáis energías y entusiasmo con el objetivo de promover el “Evangelio de la familia y de la vida”. ¿Cómo no recordar, en este sentido, la visión de amplias miras de mis predecesores, en particular de Juan Pablo II, que promovieron con valentía la causa de la familia, considerándola como la realidad decisiva e insustituible para el bien común de los pueblos?

La familia, fundada sobre el matrimonio, constituye un “patrimonio de la humanidad”, una institución social fundamental; es la célula vital y el pilar de la sociedad y esto afecta tanto a creyentes como a no creyentes. Es una realidad a la que todos los estados deben dedicar la máxima consideración, pues, como le gustaba repetir a Juan Pablo II, “el futuro de la humanidad se fragua en la familia” (*Familiaris consortio*, 86). Además, según la visión cristiana, el matrimonio, elevado por Cristo a la altísima dignidad de sacramento, confiere mayor esplendor y profundidad al vínculo conyugal, y compromete más intensamente a los esposos que, bendecidos por el Señor de la Alianza, se prometen fidelidad hasta la muerte en el amor abierto a la vida. Para ellos, el centro y el corazón de la familia es el Señor, que les acompaña en su unión y les apoya en su misión de educar a los hijos hacia la edad madura. De este modo, la familia cristiana coopera con Dios no sólo dando la vida natural, sino también cultivando las semillas de vida divina donada en el Bautismo. Éstos son los ya conocidos principios de la vida cristiana del matrimonio y de la familia. Los recordé una vez más el jueves pasado al dirigirme a los miembros del Instituto Juan Pablo II para Estudios sobre el Matrimonio y la Familia.

En el mundo de hoy, en el que se difunden concepciones equívocas sobre el hombre, sobre la libertad, sobre el amor humano, no tenemos que cansarnos de volver a presentar la verdad sobre la familia, tal y como ha sido querida por Dios desde la creación. Por desgracia, está creciendo el número de separaciones y divorcios, que rompen la unidad familiar y crean muchos problemas a los hijos, víctimas inocentes de estas situaciones. La estabilidad de la familia está hoy particularmente en peligro; para salvaguardarla es necesario ir con frecuencia contra la corriente de la cultura dominante, y esto exige paciencia, esfuerzo, sacrificio y búsqueda incesante de la comprensión mutua. Pero también hoy les es posible a los cónyuges superar las dificultades y mantenerse fieles a su

vocación, recurriendo al apoyo de Dios con la oración y participando asiduamente en los sacramentos, en particular, la Eucaristía. La unidad y la firmeza de las familias ayudan a la sociedad a respirar los auténticos valores humanos y a abrirse al Evangelio. A esto contribuye el apostolado de muchos Movimientos, llamados a actuar en este campo en armonía con las diócesis y las parroquias.

Además, hoy, es un tema particularmente delicado el respeto debido al embrión humano, que debería nacer siempre de un acto de amor y ser tratado ya como persona (cf. *Evangelium vitae*, 60). Los progresos de la ciencia y de la técnica en el ámbito de la bioética se transforman en amenazas cuando el hombre pierde el sentido de sus límites y, en la práctica, pretende sustituir a Dios Creador. La encíclica *Humanae vitae* confirma con claridad que la procreación humana debe ser siempre el fruto de un acto conyugal, con su doble significado de unión y de procreación (cf. n. 12). Lo requiere la grandeza del amor conyugal, según el proyecto divino, como ya he recordado en la encíclica *Deus caritas est*: «El “eros”, degradado a puro “sexo”, se convierte en mercancía, en simple “objeto” que se puede comprar y vender; más aún, el hombre mismo se transforma en mercancía [...]. En realidad, nos encontramos ante una degradación del cuerpo humano» (n. 5). Gracias a Dios, especialmente entre los jóvenes, muchos están redescubriendo el valor de la castidad, que se presenta cada vez más como una garantía segura del amor auténtico. El momento histórico que estamos viviendo exige que las familias cristianas testimonien con valiente coherencia que la procreación es fruto del amor. Un testimonio así será un estímulo para los políticos y legisladores para que salvaguarden los derechos de la familia. Es sabido que se están acreditando soluciones jurídicas para las así llamadas «uniones de hecho» que, rechazando las obligaciones del matrimonio, pretenden gozar de derechos equivalentes. A veces, además, se quiere incluso llegar a una nueva definición del matrimonio para legalizar las uniones homosexuales, atribuyéndoles también a ellas el derecho a la adopción de los hijos.

Amplias áreas del mundo están sufriendo el así llamado “invierno demográfico”, con el consiguiente envejecimiento progresivo de la población; en ocasiones parece que las familias están asediadas por el miedo ante la vida, la paternidad y la maternidad. Es necesario volverles a dar confianza para que puedan seguir cumpliendo con su noble misión de procrear en el amor. Doy las gracias a vuestro Consejo Pontificio, pues a través de encuentros continentales y nacionales trata de dialogar con quienes tienen responsabilidades políticas y legislativas en este sentido, y trata de tejer una amplia red de coloquios con los obispos, ofreciendo a las Iglesias locales cursos abiertos a los responsables de la pastoral. Aprovecho, además, la ocasión para reiterar la invitación a todas las comunidades diocesanas a participar con sus delegaciones en el quinto Encuentro de las Familias que se celebrará en julio próximo en Valencia, España, en el que, si Dios, quiere, tendré la alegría de participar.

Gracias una vez más por el trabajo que realizáis; ¡que el Señor siga haciéndolo fecundo! Por este motivo, os aseguro mi recuerdo en la oración. Invocando la maternal protección de María, os imparto a todos vosotros mi bendición, y la extiendo a las familias para que continúen edificando su hogar siguiendo el ejemplo de la Sagrada Familia de Nazaret.

CIUDAD DEL VATICANO, domingo, 14 de mayo de 2006

[Traducción realizada por Zenit

© Copyright 2006 - Libreria Editrice Vaticana]

Benedicto XVI:
«Claves para la migración desde y hacia los países de mayoría islámica»

**Discurso al Consejo Pontificio de la Pastoral
para los Emigrantes y los Itinerantes**

Señores cardenales,
venerados hermanos en el episcopado y en el presbiterado,
queridos hermanos y hermanas:

Os doy con alegría la bienvenida con motivo de la sesión plenaria del Consejo Pontificio de la Pastoral para los Emigrantes y los Itinerantes. Saludo, en primer lugar, al señor cardenal Renato Raffaele Martino, a quien doy las gracias por las palabras con las que ha introducido nuestro encuentro. Saludo también al secretario, a los miembros y a los consultores de este Consejo Pontificio, de manera especial a quienes han sido nombrados recientemente y a todos deseo un fecundo trabajo.

El tema escogido para esta sesión, “Migración y movilidad desde y hacia los países de mayoría islámica”, afecta a una realidad social que se hace cada vez más actual. La movilidad que afecta a los países musulmanes merece, por ello, una reflexión específica, no sólo por la importancia cuantitativa del fenómeno, sino sobre todo porque la islámica es una identidad característica, tanto desde el punto de vista religioso como cultural. La Iglesia católica percibe con creciente conciencia que el diálogo interreligioso forma parte de su compromiso al servicio de la humanidad en el mundo contemporáneo. Esta convicción se ha convertido, como se suele decir, en el “pan de cada día”, en especial para los que trabajan en contacto con los emigrantes, con los refugiados y con las diferentes categorías de personas itinerantes. Vivimos en tiempos en los que los cristianos están llamados a cultivar un estilo de diálogo abierto sobre el problema religioso, sin renunciar a presentar a los interlocutores la propuesta cristiana, coherentemente con nuestra propia identidad.

Se percibe también, cada vez más, la importancia de la reciprocidad en el diálogo. Reciprocidad que la Instrucción *Erga migrantes caritas Christi* define como un “principio” de gran importancia. Se trata de “una relación fundada en el respeto recíproco” y, ante todo, de “una actitud del corazón y del espíritu” (n. 64). La importancia y delicadeza de este compromiso es testimoniada por los esfuerzos que se están haciendo en muchas comunidades para tejer relaciones de conocimiento mutuo y de estima con los inmigrantes, que parecen particularmente útiles para superar prejuicios y cerrazones mentales.

En la acción de acogida y diálogo con los inmigrantes e itinerantes, la comunidad cristiana tiene, como constante punto de referencia, a Cristo, que dejó a sus discípulos, como regla de vida, el mandamiento nuevo del amor. El amor cristiano, por su naturaleza, es previsor. Por este motivo cada uno de los creyentes está llamado a abrir sus brazos y su corazón a toda persona, cualquiera que sea su país de proveniencia, dejando que las autoridades responsables de la vida pública establezcan al respecto las leyes que consideren oportunas para una sana convivencia.

Estimulados continuamente a testimoniar ese amor que enseñó el Señor Jesús, los cristianos deben abrir su corazón en particular a los pequeños y a los pobres, en los que Cristo mismo está presente de modo singular. De este modo, manifiestan el carácter más característico y propio de la identidad cristiana: el amor que Cristo vivió y sigue transmitiendo a la Iglesia mediante el Evangelio y los Sacramentos. Por supuesto, es de esperar que también los cristianos que emigran hacia países de mayoría islámica encuentren acogida y respeto de su identidad religiosa.

Queridos hermanos y hermanas, aprovecho esta ocasión para daros las gracias por lo que hacéis a favor de una pastoral orgánica y eficaz a favor de los emigrantes e itinerantes, poniendo al servicio de esta tarea vuestro tiempo, vuestras capacidades y vuestra experiencia. Todos comprenden que ésta es una frontera significativa de la nueva evangelización en el mundo actual globalizado. Os aliento a continuar vuestro trabajo con renovado entusiasmo, que por mi parte sigo con atención, y lo acompaño con la oración para que el Espíritu Santo haga fecunda cada una de vuestras iniciativas por el bien de la Iglesia y del mundo.

Que María Santísima, que vivió su fe como peregrinación en las diferentes circunstancias de su existencia terrena, vele por vosotros. Que la Virgen Santa ayude a todo hombre y mujer a conocer a su Hijo Jesucristo y a recibir el don de la salvación. Con este deseo imparto mi bendición a todos vosotros y vuestros seres queridos.

CIUDAD DEL VATICANO, lunes, 15 mayo 2006

[Traducción del original italiano realizada por Zenit

Mensaje de Benedicto XVI para la Jornada Misionera Mundial, que este año se celebra el 22 de octubre

«La caridad, alma de la misión»

¡Queridos hermanos y hermanas!

1. La Jornada Misionera Mundial, que celebraremos, si Dios quiere, el domingo 22 de octubre ofrece la oportunidad de reflexionar este año sobre el tema “La caridad, alma de la misión”. La misión, si no está orientada por la caridad, es decir, si no surge de un profundo acto de amor divino, corre el riesgo de reducirse a mera actividad filantrópica y social. El amor que Dios tiene por cada persona constituye, de hecho, el corazón de la experiencia y del anuncio del Evangelio, y cuantos lo acogen se convierten a su vez en testigos. El amor de Dios que da vida al mundo es el amor que se nos ha entregado en Jesús, Palabra de salvación, imagen perfecta de la misericordia del Padre celestial. El mensaje salvífico podría sintetizarse, por tanto, en las palabras del Evangelista Juan: “En esto se manifestó el amor que Dios nos tiene; en que Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él” (1 Juan 4,9). El mandato de difundir el anuncio de este amor fue confiado por Jesús a los apóstoles después de su resurrección y los apóstoles, transformados interiormente el día de Pentecostés por la potencia del Espíritu Santo, comenzaron a dar testimonio del Señor muerto y resucitado. Desde entonces, la Iglesia sigue esta misma misión, que constituye para todos los creyentes un compromiso irrenunciable y permanente.

2. Toda comunidad cristiana está llamada, por tanto, a dar a conocer que Dios es Amor. En este misterio fundamental de nuestra fe quise detenerme a reflexionar en la encíclica *Deus caritas est*. Dios penetra con su amor toda la creación y la historia humana. El hombre, en su origen, salió de las manos del Creador como fruto de una iniciativa de amor. El pecado ofuscó después en él la impronta divina. Engañados por el maligno, los primeros padres Adán y Eva abandonaron la relación de confianza con su Señor, cediendo a la tentación del maligno, que introdujo en ellos la sospecha de que Él era un rival y quería limitarles su libertad. De este modo, se prefirieron a sí mismos en lugar del amor gratuito divino, persuadidos de que de esta manera estaban reafirmando su libre albedrío. Como consecuencia acabaron perdiendo la felicidad original y experimentaron la amargura de la tristeza del pecado y de la muerte. Dios, sin embargo, no les abandonó y les prometió a ellos y a su descendencia la salvación, preanunciando el envío de su Hijo unigénito, Jesús, que revelaría, en la plenitud de los tiempos, su amor de Padre, un amor capaz de rescatar a toda criatura humana de la esclavitud del mal y de la muerte. En Cristo, por tanto, se ha comunicado la vida inmortal, la misma vida de la Trinidad. Gracias a Cristo, buen Pastor, que no abandona a la oveja perdida, se da la posibilidad a los hombres de todos los tiempos de entrar en la comunión con Dios, Padre misericordioso, dispuesto a volver a acoger en su casa al hijo pródigo. Signo sorprendente de este amor es la Cruz. En su muerte en la cruz, Cristo –como he escrito en la encíclica *Deus caritas est*– “se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: esto es amor en su forma más radical [...]. Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad. Y a partir de allí se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amar” (n. 12).

3. En la vigilia de su pasión, Jesús dejó como testamento a los discípulos, reunidos en el Cenáculo para celebrar la Pascual, el «mandamiento nuevo del amor – “mandatum novum”»: “Lo que os mando es que os améis los unos a los otros” (Juan 15,17). El amor fraterno que el Señor pide a sus “amigos” tiene su manantial en el amor paterno de Dios. Observa el apóstol Juan: “todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios” (1 Juan 4,7). Por tanto, para amar según Dios es necesario vivir en Él y de Él: es Dios la primera “casa” del hombre y sólo quien habita en Él arde con un fuego de caridad divina capaz de “incendiar” al mundo. ¿No es ésta la misión de la Iglesia en todos los tiempos? Entonces no es difícil comprender que la auténtica solicitud misionera, compromiso primario de la comunidad eclesial, está unida a la fidelidad al amor divino, y esto vale para cada cristiano, para cada comunidad local, para las Iglesias particulares y para todo el Pueblo de Dios. Precisamente, de la conciencia de esta misión común recobra fuerzas la generosa disponibilidad de los discípulos de Cristo para realizar obras de promoción humana y espiritual que testimonian, como escribía el querido Juan Pablo II en la Encíclica *Redemptoris missio*, «el alma de toda la actividad misionera»: “el amor, que es y sigue siendo la fuerza de la misión, y es también el único criterio según el cual todo debe hacerse y no hacerse, cambiarse y no cambiarse. Es el principio que debe dirigir toda acción y el fin al que debe tender. Actuando con caridad o inspirados por la caridad, nada es disconforme y todo es bueno” (n. 60). Ser misioneros significa amar a Dios con todo nuestro ser, hasta dar, si es necesario, incluso la vida por Él. ¡Cuántos sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos, también en nuestros días, han ofrecido el supremo testimonio de amor con el martirio! Ser misioneros es atender, como el buen Samaritano, las necesidades de todos, especialmente de los más pobres y necesitados, porque quien ama con el corazón de Cristo no busca el propio interés, sino únicamente la gloria del Padre y el bien del prójimo. Éste es el secreto de la fecundidad apostólica de la acción misionera, que supera las fronteras y las culturas, llega a los pueblos y se difunde hasta los confines extremos del mundo.

4. Queridos hermanos y hermanas, que la Jornada Misionera Mundial sea una oportunidad para comprender cada vez mejor que el testimonio del amor, alma de la misión, concierne a todos. Servir al Evangelio no debe considerarse como una aventura en solitario, sino como un compromiso compartido de toda comunidad. Junto a los que están en primera línea en las fronteras de la evangelización –y pienso con reconocimiento en los misioneros y las misioneras– muchos otros, niños, jóvenes y adultos, contribuyen con la oración y su cooperación en diversos modos a la difusión del Reino de Dios en la tierra. El deseo es que esta participación crezca cada vez más gracias a la contribución de todos. Aprovecho esta oportunidad para manifestar mi gratitud a la Congregación para la Evangelización de los Pueblos y a las Pontificias Obras Misioneras (PP OO MM), que con entrega coordinan los esfuerzos desplegados en todas las partes del mundo en apoyo a la acción de cuantos se encuentran en primera fila en las fronteras de la misión. Que la Virgen María, que con su presencia en la Cruz y su oración en el Cenáculo colaboró activamente en los inicios de la misión eclesial, apoye su acción y ayude a los creyentes en Cristo a ser cada vez más capaces de auténtico amor, para que en un mundo espiritualmente sediento se conviertan en manantial de agua viva. Presento mi auspicio de corazón, mientras envío a todos mi Bendición.

Vaticano, 29 de abril de 2006

BENEDICTUS PP. XVI

[Traducción del original italiano realizada por Zenit]

Homilía de Benedicto XVI en la misa de Pentecostés

¡Queridos hermanos y hermanas!

En el día de Pentecostés, el Espíritu Santo descendió con potencia sobre los apóstoles; de este modo comenzó la misión de la Iglesia en el mundo. Jesús mismo había preparado a los once para esta misión al aparecérselos en varias ocasiones después de la resurrección (cf. Hechos 1,3). Antes de la ascensión al Cielo, “les mandó que no se ausentasen de Jerusalén, sino que aguardasen la Promesa del Padre” (cf. Hechos 1,4-5); es decir, les pidió que se quedaran juntos para prepararse a recibir el don del Espíritu Santo. Y ellos se reunieron en oración con María en el Cenáculo, en espera de este acontecimiento prometido (cf. Hechos 1,14).

Permanecer juntos fue la condición que puso Jesús para acoger el don del Espíritu Santo; el presupuesto de su concordia fue la oración prolongada. De este modo se nos ofrece una formidable lección para cada comunidad cristiana. A veces se piensa que la eficacia misionera depende principalmente de una programación atenta y de su sucesiva aplicación inteligente a través de un compromiso concreto. Ciertamente el Señor pide nuestra colaboración, pero antes de cualquier otra repuesta se necesita su iniciativa: su Espíritu es el verdadero protagonista de la Iglesia. Las raíces de nuestro ser y de nuestro actuar están en el silencio sabio y providente de Dios.

Las imágenes que utiliza san Lucas para indicar la irrupción del Espíritu Santo –el viento y el fuego– recuerdan al Sinaí, donde Dios se había revelado al pueblo de Israel y había concedido su alianza (cf. Éxodo 19,3 y siguientes). La fiesta del Sinaí, que Israel celebraba cincuenta días después de la Pascua, era la fiesta del Pacto. Al hablar las lenguas de fuego (cf. Hechos 2,3), san Lucas quiere representar Pentecostés como un nuevo Sinaí, como la fiesta del nuevo Pacto, en el que la Alianza con Israel se extiende a todos los pueblos de la Tierra. La Iglesia es católica y misionera desde su nacimiento. La universalidad de la salvación se manifiesta con la lista de las numerosas etnias a las que pertenecen quienes escuchan el primer anuncio de los apóstoles (cf. Hechos 2,9-11).

El Pueblo de Dios, que había encontrado en el Sinaí su primera configuración, se amplía hoy hasta superar toda frontera de raza, cultura, espacio y tiempo. A diferencia de lo que sucedió con la torre de Babel, cuando los hombres que querían construir con sus manos un camino hacia el cielo habían acabado destruyendo su misma capacidad de comprenderse recíprocamente, en el Pentecostés del Espíritu, con el don de las lenguas, muestra que su presencia une y transforma la confusión en comunión. El orgullo y el egoísmo del hombre siempre crean divisiones, levantan muros de indiferencia, de odio y de violencia. El Espíritu Santo, por el contrario, hace que los corazones sean capaces de comprender las lenguas de todos, pues restablece el puente de la auténtica comunicación entre la Tierra y el Cielo. El Espíritu Santo es el Amor.

Pero, ¿cómo es posible entrar en el misterio del Espíritu Santo? ¿Cómo se puede comprender el secreto del Amor? El pasaje evangélico nos lleva hoy al Cenáculo, donde, terminada la última Cena, una experiencia de desconcierto entristece a los apóstoles. El motivo es que las palabras de Jesús suscitan interrogantes inquietantes: habla del odio del mundo hacia Él y hacia los suyos, habla de una misteriosa partida suya y queda todavía mucho por decir, pero por el momento los apóstoles no son capaces de cargar con el peso (cf. Juan 16,12). Para consolarles les explica el significado de su partida: se

irá, pero volverá, mientras tanto no les abandonará, no les dejará huérfanos. Enviará el Consolador, el Espíritu del Padre, y será el Espíritu quien les permita conocer que la obra de Cristo es obra de amor: amor de Él que se ha entregado, amor del Padre que le ha dado.

Éste es el misterio de Pentecostés: el Espíritu Santo ilumina el espíritu humano y, al revelar a Cristo crucificado y resucitado, indica el camino para hacerse más semejantes a Él, es decir, ser “expresión e instrumento del amor que proviene de Él” (*Deus caritas est*, 33). Reunida junto a María, como en su nacimiento, la Iglesia hoy implora: “Veni Sancte Spiritus!” – “¡Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor!”. Amén.

CIUDAD DEL VATICANO, domingo, 4 junio 2006

[Traducción del original italiano realizada por Zenit]